This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

R. Diaz Olazabal

BUENOS AIRES COSMOPOLITA

Digitized by Google

Hosted by Google

Hosted by Google

Hosted by Google

EDICIÓN 2000 EJEMPLARES

1900

VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

Hosted by Google

Hosted by Google

RODOLFO DIAZ OLAZABAL

BUENOS AIRES COSMOPOLITA

NOVELA

EDITOR-PROPIETARIO: JOSÉ BOSCH

BUENOS AIRES

1900

Hosted by Google

Hosted by Google

A LA MEMORIA DE MI PADRE

Hosted by Google

Hosted by Google

ADVERTENCIA

Siempre hemos creído que toda obra literaria, debe llegar á un fondo moral ó provechoso, aparte del valor artístico que represente y con mucha mayor razón aún, si ella consiste en una novela.

Extendernos en este prólogo, sería hacer un extracto detallado del libro que nos ocupa, con lo cual, tal vez no conseguiríamos otra cosa, que hacer perder la paciencia al lector.

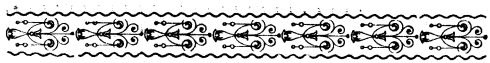
Así, pues, sólo nos resta agregar dos palabras:

Cualquiera que fuera el fallo que recibiera BUENOS AIRES COSMOPOLITA *quedamos convencidos, que ni su autor ha perdido el tiempo en escribirlo, ni nosotros en darlo á la luz pública; porque, sobresalientes, buenos ó mediocres, los obreros del Arte, argentinos, como los de todas partes del mundo, merecen siempre una frase de aliento, y la decidida protección de los impresores.*

EL EDITOR.

Hosted by Google

Hosted by Google



I

Al cerrar una noche del mes de Julio de 189.. la capital de Buenos Aires, se hallaba envuelta en una espesa niebla, y los rayos que esparcía la luz de los faroles de sus calles, cuyo pavimento y veredas se habían convertido en un lodazal á causa de una finísima llovizna en que aquella se deshacía, oscilaban al través de una densa osbcuridad, pálidos y moribundos como los de la lámpara de un sepulcro.

En el interior de los cafés, confiterías, y tabernas, se habían formado compactas nubes de una mezcla caliente de vapores alcohólicos, humo de cigarros y traspiración de cuerpos humanos, que, impelidos hacia la calle por húmedas rá-

Hosted by Google

fagas de aire, azotaban el rostro del transeunte, en fuertes bocanadas de un olor nauseabundo.

Aquí se veía á un vigilante de policía con la cara oculta entre la esclavina de su capote y la visera del morrión, agazapado en la trastienda de un almacen de bebidas, mientras que el dueño de éste ó el dependiente, le servía una copa de rhon..

Mas allá, por una ancha calle casi desierta, á manera de fúnebre cortejo, unos cuantos coches de plaza, en hilera, lentamente arrastrados, al paso de sus extenuados rocines, desfilaban *á pesca* de pasajeros, como escuálidos cronistas *á pesca* de noticias; llevando sus conductores un poncho envuelto al pescuezo; el sombrero echado sobre los ojos, y la cabeza hundida entre los hombros.

Lanzando al viento los ensordecedores toques de sus cornetas, pasaban los tranvias con unos mulatos criollos de cocheros, capaces, al sólo brillo de su siniestra mirada, de poner en fuga á un leopardo en una selva de Africa!

Las muchachas sirvientes, conversaban con sus novios ó amantes en las puertas

Hosted by Google

de calle, á hurtadillas de sus patrones.

De cuando en cuando, se sentía los tardíos pasos de una que otra mujer, que, rendida por el cansancio, caminaba chapaleando el barro, con algún chicuelo de la mano ó llevando una canasta al brazo. De vuelta hacia su mísera vivienda, después de haber trabajado de cocinera y fregona, como una bestia, durante el dia.

Por otro lado, iban tambien muchos jornaleros en dirección á sus hogares, los cuales, se habían detenido en el camino, á beber.

Después, carruajes particulares de librea, con viejos, damas y jóvenes dentro, cómodamente sentados en los mullidos asientos, se cruzaban al trote de sus hermosos troncos enmantados, salpicando de lodo á la gente pobre, y viandantes que encontraban al paso.

De las fachadas de los edificios, parecía brotar el agua en que se deshacía la nebulosa atmósfera, y ésta, apénas permitía percibir las luces con que estaban alumbrados, haciéndolas reflejar débilmente, en los cristales de las puertas y balcones.

Juan Leo, caminaba contemplando este panorama, impregnado, para él, de cierto

Hosted by Google

misterio; pero, pensando, al mismo tiempo, que desde las ocho de la mañana, que había salido de su casa, en busca de trabajo, aun no había probado el menor alimento!

Su vista se nublaba de debilidad; su estómago se sentía á cada instante opreso por horribles náuseas, y su cuerpo ya desfalleciente, se estremecía á intérvalos de frio, por la falta de abrigo.

El ordenanza de un ministerio, le había dado con las puertas en las narices; un abogado amigo de la infancia, orgullosamente erguido desde la banca de una diputación, no lo había querido recibir en su casa, delante de otros colegas, por no considerarlo correctamente vestido; un periodista á quien le suplicara la publicación de un artículo literario de indiscutible mérito, se lo había rechazado con desdeñosa sonrisa, y con más aires de suficiencia que un escritor de la Academia Francesa; y por último, un pariente tan falto de talento, como estrecho de corazón y de conciencia, que había logrado hacerse de una carrera lucrativa, gracias á la inflexible perseverancia de sus padres; y del cual dependía un modesto empleo con que pu-

Hosted by Google

do favorecerlo, se lo había negado, para dárselo á un imbécil, hijo de un millonario.

Durante el día Juan había recorrido el Paseo de Julio, por entre sus hermosos jardines, y dejado vagar su mirada en el río, yendo á fijarla sobre alguna que otra embarción, cuya estela iba á borrarse con ella allá en el horizonte; hasta que se detuvo delante de la casa de gobierno, desde donde no pudo menos que retroceder con su imaginación, á los felices tiempos de su niñez, meditando sobre lo que entonces había sido la ciudad de Buenos Aires, y sobre lo que era ahora, en medio del torrente de sus adelantos y atrevidas empresas.

Pensó, tambien, con tristeza, en lo que ésta llegaría á ser, al cabo de unos cincuenta años más, época á la que él no alcanzaría, en compañía de los suyos.

Luego, atravesó la plaza de Mayo, en medio de un inmenso gentío, que, agitándose como un mar inquieto, iba á diseminarse en distintas direcciones: pasando por delante de la Catedral, penetrando en la Bolsa, en la Municipalidad,

Hosted by Google

en los Tribunales ó afluyendo en grandes oleadas, á las calles adyacentes.

Una vez que hubo llegado á la espléndida avenida, llamada tambien de Mayo; siguió por ésta, admirando sus magníficos edificios, y entre ellos, el más vasto y hermoso, — según opiniones técnicas, — que hasta ahora se haya levantado en Sud-América, destinado á la imprenta de un periódico; y el cual, no es otro, que aquel que acaba de pasar á ocupar «La Prensa» diario tan justamente considerado como uno de los dos colosos del periodismo argentino, contando con él «La Nación».

Dejó á su paso, valiosas casas de comercio; tiendas y almacenes de toda clase: sastrerías, fábricas, confiterías, suntuosos hoteles, joyerías, cafés y un interminable engranaje de vehículos de diferente tamaño y hechura, manejados por hombres y mujeres. Y siempre cruzando calles, fué á desembocar en uno de los ángulos de otras dos hermosas avenidas: Santa Fé y Callao.

Aquí se detuvo, desalentado por el amargo recuerdo de los desaires que había recibido en el día; y calculando que aún le faltaba andar lo menos unas veinte

Hosted by Google

cuadras para llegar á su casa; se dijo, lanzando un desgarrador suspiro:

«¡Ni siquiera el hálito de una dulce esperanza traigo hoy al corazón de mi pobre mujer y de mis hijos!»

Llevóse las manos á los bolsillos, en busca de alguna moneda con la que pudiera proporcionarse, aunque más no fuera que un frugal alimento; pero ellas sólo tropezaron con un montón de papeles: eran vários borradores con su letra: un sangriento soneto, en contra de la avaricia; un artículo anatematizando, y pretendiendo herir de muerte, á esa parte de la sociedad, que fría é impasible como una estátua, vive en la opulencia, debido á la herencia de sus antepasados, — sin darse cuenta del mérito que encierra el talento de los hombres superiores, — ni conocer de cerca, los rigores con que el destino trata á los que nacen pobres, pero de buena estirpe; á aquellos que tienen que buscarse, sin protección ni ayuda de nadie, y honradamente, los medios para la subsistencia, ocultando su miseria á la alta sociedad, para que ésta no los menosprecie.

Después, un epigrama á un usurero, y

Hosted by Google

dos ó tres páginas del próiogo de una novela, reprochando en éste, ciertos actos de una institución de damas de beneficiencia.

«¡Esto es ladrar á la luna!» pensó Juan, estrujando en un arranque de ira, sus escritos, y guardándoselos para continuar su camino.

Pero en ese momento, la mano de un interlocutor, vino á posarse sobre sus hombros.

Era éste un mozuelo, tan estúpido como ignorante, llamado Jaime Lumbrera. Su cara que aparentaba unos veinticinco años, se veía estragada por los desórdenes de una vida licenciosa, pues sus mejillas hundidas, estaban lo mismo que sus párpados, sombreadas de un círculo amarillento, que no se confunde con el que se adquiere en el asíduo estudio á la luz de la lámpara ó de la bujía, sinó, con el que dejan impresas las contínuas trasnochadas en medio de las orgías.

Había sido condiscípulo de Juan, allá por los buenos tiempos de la infancia. Vestía con lujo y elegancia, debiendo su colocación en una oficina de gobierno, á la eficaz influencia que ejercían las coque-

Hosted by Google

terías y liviandades de una hermana suya extremadamente hermosa; y su bolsa, que siempre estaba abierta para contribuir al desbordamiento de sus amigos, en los lupanares que frecuentaba, permanecía cerrada, ante quienes verdaderamente se veían obligados á recurrir á ella, con los miramientos y dignidad de una pobreza honrada.

—¿Qué te pasa, Leo, que te encuentro tan triste?, dijo nuestro jóven, dejando al mismo tiempo correr por sus labios una estúpida sonrisa.

—Lo que me pasa no está escrito, respondió Juan, con fastidio, despues de volverse para saludarlo.

—¡Bah!... con eso no satisfaces mi pregunta, exclamó Lumbrera; tú sabes que somos amigos, y por consiguiente, puedes confiarme, sinó todas al menos algunas de tus penas.

—Pues entonces sabrás, que hoy no he tomado ni un trago de caldo; que me hallo abatido por las decepciones que he recibido en el día; rendido por el cansancio; sin saber como lo habrá pasado mi familia; y para mayor desventura.. sin recursos!...

Hosted by Google

—¡Qué fatalidad! volvió á decir Jaime. Y despues de una pequeña pausa, añadió:

—Este último mal, es el mismo, precisamente de que yo padezco desde hace dias, mi querido Leo, pues apénas recibí mi sueldo, lo facilité á un compañero de oficina, que se vió en el compromiso de pagar el alquiler del departamento que ocupa su querida en una casa de vecindad; asi es, que, si no fuera esta casual circunstancia, tendría mucho placer en facilitarte algún dinero...

—Te lo creo, balbuceó Juan, tendiéndole la mano en señal de despedida.

--No te vayas, que tenemos que hablar un momento, dijo Lumbrera, deteniéndole.

Aquel, despues de envolverlo en una mirada despreciativa:

—Enhorabuena, exclamó; pero no me hagas perder el tiempo inútilmente.

—Nada de eso, mi querido Leo. Tú estás contrariado por los sinsabores que has recibido en el día, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues bien, yo también me encuentro

Hosted by Google

malhumorado, por un chasco que acabo de llevarme.

—De seguro que se trata de alguna tontería, de una aventura amorosa.

—¡Lo has adivinado! un momento antes de encontrarme contigo,—debido á un hombre muy grueso que me interceptó el paso—no pude ver donde entraba una bellísima muchacha, á quien venía siguiendo la pista, desde que la vi salir de una casa de modas, y á la cual, conocí hace un año en un baile de máscaras.

—¿Y eso es todo lo que tenías que decirme?

—No, hombre!

—Acaba, pues, exclamó Juan, impaciente.

—Quería decirte, que lo mejor que podemos hacer, es ir á matar las penas.

—¿De qué manera?

—Dirigiéndonos á un café cercano, en donde beberemos una copa de legítima ginebra, que es el líquido predilecto de los ingleses distinguidos.

—¡Cómo!...; acabas de manifestarme que no tienes ni un céntimo, y ahora me invitas á beber!

—¡Oh! es que no me falta crédito, ob-

Hosted by Google

jetó Jaime, instándolo para que le siguiera.

A Juan le temblaba el corazón en ese instante, presintiendo que sería víctima de nuevos sinsabores.

—Muy bien sentarán á mi estómago, unos sorbos de leche caliente, dijo, por fin, andando en pos de Jaime, aunque un tanto preocupado, como si sus ideas vacilaran.

Cinco minutos después, ambos se detenían delante de un café que encontraron al paso.

—¡Entremos!, dijo Lumbrera, resueltamente, empujando la puerta.

—¡Entremos!, murmuró Juan Leo, contemplando tristemente la niebla, que se estendía cada vez más densa, como si hubiera querido distinguir á la distancia, y al través de ella, su querido hogar, en el cual pensaba en ese instante.

Hosted by Google

II

Poco fuego de la juventud encerraba ya el alma de Juan Leo; quien á pesar de no tener más de treinta años, se había convertido, sinó en un insensible, ante los sufrimientos agenos, al menos en un descreido y consciente pesimista, mediante profundos conocimientos psicológicos, que la misma adversidad con que luchara, habíase encargado de proporcionarle.

Su ingenioso talento, era admirado en un reducido círculo de hombres de mérito, que sabían apreciarlo; y de alguna que otra persona, completamente extraña á su familia; porque ésta, y sus amigos íntimos, por una aberración innata en la humanidad, y por consiguiente, imposible de borrar, eran los que ménos vislumbraban en él, las relevantes dotes de escritor que poseía.

Para algunos necios, que se la daban de sabios, Juan era un desequilibrado; por

Hosted by Google

que, según ellos, la balanza de las facultades de éste, se inclinaba del lado del corazón, con preferencia al de la cabeza, obedeciendo siempre, á sanos y generosos impulsos.

En el fondo de sus ojos, relampagueaba el genio; y su frente, se hallaba surcada por algunas arrugas, que, intensamente pronunciadas en el entrecejo, imprimían, á primera vista, un sello adusto á su noble fisonomía.

El cuello de su camisa, no brillaba con la frescura de la de un hombre á la moda; ni la corbata de buen gusto que lo aprisionaba, ni su levita, ni su sombrero eran flamantes.

Toda su vestimenta, pues, en medio de un aseo incomparable, revelaba pobreza; pero una pobreza tan distinguida, como lo eran sus maneras.

Cuando Juan y Lumbrera penetraron en el café, todos los concurrentes volvieron la mirada hacia ellos.

Ambos amigos, ocuparon una de las mesas que están á la entrada.

¡Aquel era un centro infernal! Era un jirón del mundo en toda su desnudez, encerrado y oprimido por las paredes de

Hosted by Google

un espacioso salón, y al que ahora se le podía contemplar mejor que nunca, en todas sus manifestaciones: viendo correr la sangre por sus arterias, sintiendo de cerca sus suspiros, sus quejas, sus amarguras, sus exclamaciones de dolor, sus odios, sus amores, y los más tenues latidos de su corazón.

Las pasiones contrariadas del rico y del pobre, como las más apacibles, con sus ráfagas de agradable aroma y hediondez, se desenfrenaban allí, dando expanción á las ficticias cuanto pasajeras alegrías; al mismo tiempo que se traslucían, como al través de un cristal, las reconcentradas meditaciones, en medio de un lijero sopor, y de cierta febricencia producida por el alcohol.

Todos bebían al rededor de las mesas; y algunos se entretenían en una partida de naipes interesada, mientras que otros jugaban al ajedrez, al dominó ó al billar.

Allí había hombres de todas las naciones, y de todas edades; de todas las capas sociales, y de todos los gremios.

Junto á un obrero ya anciano, que apuraba un vaso de vino; un niño de quince años y de honorable familia, se llevaba afanosamente á la boca unas pas-

Hosted by Google

tillas perfumadas, que sacaba, de vez en cuando, de un tarro de cristal, colocado sobre el mostrador, con la intención de que no se advirtieran, más tarde, en el seno de su familia, las exhalaciones de bebida, que pudiera arrojar su aliento.

Saboreando una copa de rhon, departía amigablemente con un notable abogado, algo dado al abandono por sombrías decepciones, un carnicero en traje de día de fiesta, pero con las manos aún manchadas por la sangre de las reses.

De aquel lado, un petimetre enguantado de lustroso y retorcido bigote, acariciaba á un chicuelo de la casa, con el propósito de hacerse simpático, ante una hermosa mujer, madre de este, y esposa del dueño del café; la cual se mostraba fría, como una masa de nieve, por la fuerza de la costumbre, á los requiebros y alabanzas que sus clientes la prodigaban.

Unos pasos más adelante, un conocido jóven, encanallado por la bebida, y de estragado rostro, enseñaba el retrato de su novia, en íntima confianza, al almacenero, al cochero, al zapatero y al peluquero del barrio; á la vez, que por su lengua, arrojaba todo el lodo de su alma, sobre sus

Hosted by Google

padres, porque éstos, no le daban dinero para casarse.

Y más allá, muchos indivíduos que no se conocían entre sí; que nunca se habían visto, se trataban de amigos, y hasta se tuteaban; en tanto que uno de ellos, el que estaba más ebrio, y cuya fisonomia de degenerado, dejaba traslucir una supina ignorancia; pagaba, sin mirar atras, de su cartera y de la que no lo era, cuanto se servian sus desconocidos interlocutores, para que se le tuviera en el concepto de persona rumbosa y desprendida; aunque más tarde perdiera la honra, no pudiendo reponer el dinero ajeno, y no tuviera con que alumbrar su casa, ni que dar á su mujer para el mercado, ni con que comprar botines para sus hijos!

Otros, taciturnos, con las caras anémicas por la falta de alimento ó de reposo, se paseaban con las manos metidas en los bolsillos, esperando que la casualidad les presentase algun conocido, que los invitase á beber.

Y más allá, un tieso y almibarado vejete solterón, de ésos á quienes una borrachera, no les hace *perder los estribos*, elegantemente vestido, queriendo demos-

Hosted by Google

trar la soltura y ademanes de un muchacho; con un rubí en la corbata y otro en los puños de su camisa; con sombrero de copa alta, echado hacia la nuca, un cigarro habano en la boca, y un ramo de violetas en el hojal de la levita, hacía partícipe de su insípida charla, á uno de los mozos que acababa de servirle un moscatel con bizcotelas; mientras que un jóven periodista de reconocido talento, que, con tal de ganarse la vida, había agotado su ingenio en las trágicas crónicas que continuamente ofrecen los grandes crímenes; observaba todo esto, saboreando tambien á intérvalos su néctar.

Y en fin, más acá, un hombre de juvenil edad todavía, enjunto de carnes, con cara de loco: los ojos saliéndosele de las órbitas, la piel de un color amarillo-verdoso; los labios como ardidos por el fuego abrazador de una fiebre; se llevaba á la boca, la última gota de ajenjo que habia quedado en su vaso, mediante un contínuo temblor, que, corriéndole por los brazos, se acentuaba en sus manos, debido á los excesos que llevaba hechos de tan poderoso cuanto terrible exitante del *delirium tremens!*

Hosted by Google

En vano, Juan, se empeñó en tomar un alimento que pudiera fortalecer su estómago. No hubo medio de que Lumbrera accediese á ello. A una breve é imperiosa seña de éste, un mozo se presentó con dos copas de ginebra en una bandeja.

—¡Bebe Leo! ¡bebe, dijo Jaime, que esta agua turbia, quebranta los grandes sufrimientos!

Y, alzando su copa, hizo desaparecer de un trago la mitad del contenido.

Juan le imitó, aunque llevando con cierta repugnancia la suya á los labios.

En ese instante, un hombre de anteojos, correctamente vestido, de unos treinta y cinco años, bajo, de cara redonda como su cuerpo; y el cual, parecía mostrarse tan alegre como risueño, en todos los momentos,—menos en aquel en que se le pidiera un servicio,—y cuyo abdómen, ya hacía esfuerzos por entrar á la obesidad, se acerco á los dos jóvenes, y después de saludar á Lumbrera, dándole una de aquellas *palmaditas* del don Bruno de Larra, dijo, mostrando los dientes, con una sonrisa de mofa:

Hosted by Google

—¡Que pronto se pilla á un embustero, mi querido Leo!

Éste hubiera deseado que la tierra se hubiese abierto bajo sus piés en ese momento, para ponerse á salvo del recien llegado; y al bajar la copa, la oprimió con tal violencia, que casi se le hizo pedazos entre la mano.

—No sé porqué me dices eso Rubión, exclamó, queriendo reponerse de su brusca é inesperada sorpresa.

—Escucha, dijo el interpelado, acercando una silla para sentarse.

—¡Veamos! añadió Lumbrera, sin poder ocultar su curiosidad.

—Tú, me habias manifestado que jamás pisarias en el interior de ningun café ni confitería, ni en algo que se le pareciera; y ahora te encuentro aquí, bebiendo á la par de los demás.

—¡Es cierto! murmuró Leo, sin poder disimular el carmin que de pronto, vino á teñir sus mejillas.

Rubión continuó:

—Ya ven ustedes como nunca se debe decir: *«¡de esta agua no he de beber!»*

—¡Si tú supieras lo que me pasa, objetó Juan, apoyando los codos en la mesa, y

Hosted by Google

ocultando la frente entre sus manos, no me enrostrarias, ahora el quebrantamiento de mi propósito de entonces!

—Nada tiene que ver, amigo mío, lo que pueda pasarte, con lo que te digo, respondió aquel, llamando enseguida al mozo para que le sirviera.

—¡Que severo eres! balbuceó Leo.

—Por lo que se vé, nada te pasa por alto, nuestro amigo Rubión, exclamo Lumbrera, dando á sus palabras cierto aire provocativo.

—¡Oh! dijo Juan, ¡asi son los hombres!...; ¡asi son las mujeres!... ¡asi es la humanidad entera!

—¡Bonita salida! Ese es el tema favorito de los pesimistas por estudio, observó Rubión, acariciando un vaso de ajenjo que acababan de traerle.

—¡Ah! ¡si yo fuera poseedor de unos cuantos millones de pesos y de un coche de librea á la puerta, en este momento, volvió á decir Leo, con profunda ironia, solo te hubieras preocupado de mi asistencia á este sitio, para ensalsarme Rubión: mis ojos con nubes—si las tuviera—te habrían parecido más límpidos y hermosos que los de los demás!

Hosted by Google

—¿Porqué razón?, exclamó éste, con el rostro encendido.

—¡Porqué el dinero disimula los errores de quien los comete; porque con dinero, se puede cubrir los defectos fisicos, y hasta los más repugnantes vicios!

—¡Siempre con el dinero!.., ¡siempre con los vicios!, interrumpió Lumbrera.

Rubión, atusándose con una mano el bigote mientras que con la otra golpeaba su bastón en el suelo, dijo con marcadas muestras de convicción:

—Si así fuera, yo no haría otra cosa que pensar y proceder de acuerdo con la sociedad; porque caballeros, para pasarlo bien, es preciso marchar con ella; es necesario seguir su misma corriente: si los más de los hombres, murmuran de Fulano de Tal, uno debe murmurar con ellos. En fin, despreciar cuando la sociedad desprecia, querer cuando ella quiere, aborrecer cuando ella aborrece; y echar con ella en cara, el olvido de aquel que llega á faltar á su palabra...

—¡Oh!, exclamó Juan, lo que hace la sociedad, es guardar sus desdenes é insultos de despota, para aquel de quien nada espera en este mundo, y en vez de

Hosted by Google

acogerle en su seno, con la noble intención de calmar las angustias de su miseria, le arroja lejos de sí, para que no le perturbe con sus lamentos, en medio de las confusas alegrias; ni la ruborice de cerca con su triste vestimenta de harapos! Pero, ¡cuan distinta se muestra esa misma sociedad, y cuan aduladora, ante la gigante cúspide, donde más tarde suele erguirse ese desgraciado, convertido en un genio, que despues de haber vencido envidias, y de romper en mil pedazos las traidoras armas que le asedian, oprime bajo su formidable planta, las lenguas de los *reptiles*, entrelazadas á las *barras de oro!*

—Esa es una sonata que yo no la entiendo, dijo Lumbrera, fingiendo un bostezo.

—Es un trozo de poesia sentimental, añadió Rubión, cortando la conversación.

Poco á poco se le había ido subiendo á Juan, el alcohol; pero estaba alegre: le habia originado ese bienestar sin límites, aunque ficticio, que produce una inyección de morfina, en el caso de desesperado sufrimiento de un alcoholizado; cuando éste llega á un periódo de la en-

Hosted by Google

fermedad, en que se siente presa de cierto desequilibrio al corazón, no pudiendo dominar su cerebro, que aún lo instiga á beber, á pesar de la más rigurosa y absoluta abstención de los licores nocivos, prescripta por el facultativo.

Las empresas de mayor dificultad, se presentaban á su imaginación calenturienta, como las más sencillas de realizar. En medio de una rosada nube de aurora, entreveia gozoso un mundo de felicidades. Creía que con sólo hablar una palabra, le sobraria trabajo en todas partes. Sus novelas empezadas las veía ya terminadas y lujosamente impresas en los escaparates de todas las librerias. Venian en sumbido á sus oidos, las palabras de los editores que se disputaban sus manuscritos para darlos á luz.

Hallábase convencido de que en su hogar nada faltaba; que su esposa y sus hijos, le recibirían con tiernas y dulces caricias, aplaudiendo sus triunfos literarios y su nueva posición; porque todo ésto lo obtendría él esa misma noche, antes de llegar á su casa.

Hubo un momento, en que también le asaltó el deseo de solicitar prestada una

Hosted by Google

suma de dinero, al primer sugeto que encontrase á su paso; porque tal propósito, que antes le hubiera parecido innoble é indecoroso, lo conceptuaba bien ahora, en un padre de familia como él lo era, pero no llevó á cabo esta idea.

También le pareció propio pedir de beber con más frecuencia, sin recordar que tenía los bolsillos exhaustos; y que *otros pagarían por él.*

Muchas personas se habían agrupado en torno de la mesa que ocupaba con sus amigos, atraidos por el bullicio que había levantado la conversación.

«¡Que pronuncie un discurso Leo!», se le ocurrió decir á un mozalvete entecado, de esos que no ven las cosas más allá de sus narices.

«¡Mejor será que nos haga escuchar algun verso suyo!», añadió otro muchachuelo, que parecía un becerro con bigotes.

Otros con la lengua entorpecida, por los primeros efectos de la embriaguez, prorrumpieron en gritos: «¡Que diga algo! «¡Que hable!».

Leo, no dejaba de sospechar, que, desde ese instante, empezaba el verdadero desarrollo del drama de su vida.

Hosted by Google

Una luz triste, de inexplicables palideces, que duró lo que un relámpago: la luz de la amarga reflexión, que precede á los grandes extravios, vino á iluminar su frente de pronto.

Volvió á pensar entonces en los suyos, Entrevió las sombras de un porvenir. más negro y nebuloso todavía, que su presente, si llegaba en adelante á entregarse á tan terribles libaciones; pero, ya no podía huir de aquel sitio, aunque lo deseara. Se sentía estrechado y oprimido por el círculo vicioso y de perversión que formaban sus amigos, como por un anillo de hierro, en medio de una atmósfera malsana y pestilente.

Hosted by Google

III

Hacía mucho tiempo, que Juan, venía meditando seriamente, sobre su penosa situación, y á veces solía decirse: Yo preguntaría á cualquiera, cual es el camino que debería seguir un hombre, que á pesar de ser honrado, vástago de una distinguida familia de su país, fuertemente inclinado hacia el bien; con talento, y un corazón de artista, casado con una mujer virtuosa y esmeradamente educada; no pudiera llevar á esa esposa, á sus hijos, ó á sus ancianos padres, ni un duro mendrugo ganado cón el sudor de su frente, por la falta absoluta de los recursos que proporsiona el trabajo diario, fuente de noble virtud á cuyo hermoso borde, el ser humano tanto se enaltece! ¡Oh¡... pensaba luego, ¡desgraciadamente, no sólo yo me encuentro en tales circunstancias! ¡Somos muchos, cuando debiéramos ser pocos los que andamos en procura de trabajo, por

Hosted by Google

la inmensa capital de Buenos Aires, con el paso incierto de los vagabundos; sin esperanzas de salvación; verdaderos náufragos, en medio de un mar sin orillas! ¡No se podrían contar, por su crecido número los jóvenes de brillante talento, que sin valor para contemplar serenos la visión de un porvenir que se hace anunciar por sus heladas ráfagas, y que se acerca desastroso, con descarnaduras de muerte; invierten el tiempo en beber, hasta perder la razón; con tal de mitigar el acerbo sufrimiento de su corazón, á cambio de su salud perdida, y de su honor puesto en duda para siempre, concluyendo por sumergirse en el caos de la ignominia, no sin haber arrastrado con ellos, muchas veces, por el lodo á sus familias! Pero ¿qué hacer?, se preguntaba, impulsado por una violenta desesperación ¿si hombres jóvenes é intelectuales como esos, que sobre sus espaldas pesa la enorme mole de un hogar decente que deben sostener, enalteciéndolo día á día por la noble vía de la educación, y de un digno roce social, no encuentran los medios materiales por los cuales puedan ganar la subsistencia, ni campo de acción donde

Hosted by Google

esparcir su hermosa savia, adquirida en la experiencia y en el estudio; desechados por el egoísmo de los ricos, y cruelmente desheredados de toda clase de labor productivo, debido, por una parte, á la falta de grandes talleres y fábricas de aprendizaje: de sérias escuelas de artes y oficios, sobre cuya implantación, recién empiezan á clamar, pero con largos intérvalos de silencio, los mismos que han visto antes impasibles, malgastar los dineros públicos, en lo puramente supérfluo y vanidoso; y cuyas escuelas, por consiguiente, sólo podrán ser de indiscutible utilidad, á la actual naciente generación, que mañana hallará en ellas un risueño porvenir; pero de ninguna manera á los hombres que ya contamos veinticinco, treinta ó cuarenta años de edad; y por otra parte, debido á nuestro sistema democrático, tan mal puesto en práctica, á sabiendas, por los gobernantes, que, excluyendo á aquellos compatriotas de las órbitas de éste, han llegado con una indiferencia perversa, á abandonarlos; á hacer caso omiso de la importante clase social que constituyen, para que viva extenuada, casi consumida por las privaciones, y por un hacinamiento

Hosted by Google

de contrariedades, con que su propia miseria contribuye á vejarlos y escarnecerlos, declarándose ciega é involuntaria cómplice de las maldades humanas? ¿A caso no se piensa tampoco, que en esa capa social, es precisamente, donde se encontraría el verdadero embrión de las más bellas y dulces esperanzas de la pátria? ¿No se piensa que debido á la inercia en que yacen esos hombres, existen á su lado mujeres también jóvenes, enfermas de sufrir los rigores de una extrema pobreza, en medio del triste recogimiento á que las obliga á permaner su buen orígen; que no las permitiría —sin caer en un triste menosprecio—presentarse en sociedad, incorrectamente ataviadas, ni planchar, ni barrer, ni hacer de fregonas, ni batir el mortero de la cocina, con las delicadas manos que Dios más bien les diera para tejer guirnaldas de flores? ¿Estarán, pues, condenadas á vivir siempre así, volvía á preguntarse, ocultando su indigencia y sus ropas surcidas por sus nacaradas manos, á la irónica mirada de esa sociedad, que vive apoltronada, en medio de las sedas y las joyas que le brinda la riqueza, heredada á sus antepasados? ¿No se sabe,

Hosted by Google

que si el suave aroma de las virtudes, y los reflejos de la modesta hermosura de aquellas, tuvieran acceso en los suntuosos salones, donde la aristocracia se hace impenetrable á los *alejados de la fortuna*, llevarían embriagueces de dicha á sus orgullosos comensales y rivalizarian con las que giran en ellos, como los astros de un firmamento esplendoroso? ¿Y los niños que empiezan á pervertirse, ante la triste inaccion de sus padres, entregándose á la ruda amistad de chicuelos pervertidos, sin encontrar el noble estímulo para su inteligencia, en el seno de la pedagogia, ni los halagos de una sana moral para su espíritu, al suave contacto de amiguitos, educados á la sombra del bienestar que proporciona el trabajo honrado ó la riqueza, adquirida con el sudor de la frente?

Otras veces, Juan, exclamaba para sí, con tristeza: Conozco hombres jovenes é ingeniosos en la capital de Buenos Aires, que en medio de la lobreguez á que los obliga á ocultarse la miseria, prefieren, tras la penosa indecisión, entre, si darse al abandono ó entrar de mozos de cordel —cosa que tampoco convendría á la vanidad de familia — pasar los dias de su

Hosted by Google

vida en modelar estátuas *con el barro de la huerta de su casa*, ó en pintar en *papel de estraza*, que les sirve de lienzo, cuadros cuyo mérito é importancia artística, no se desdeñaría de reconocer y admirar, el más experto en estos dos ramos de las bellas artes, si se atendiera á los inadecuados útiles empleados en tan prodigiosas concepciones; al mismo tiempo de tener que arrostrar avergonzados, una de las más odiosas afrentas, que consiste, en admitir el óbolo de algun pariente ó de algun amigo, con que aquel ó este los subyuga y despotiza, cuando no les enrostra á cada paso, el benéfico resultado de su caridad. Otros también los hay, que animados de un hermoso cuanto heróico idealismo, y puede decirse heróico, si se tiene en cuenta la delirante lucha en que hoy, con mayor encarnizamiento que nunca, se ha tomado el arte, ya empezado á roer por la miseria, con el cruel positivismo, que pretende invadirlo todo en los momentos en que vamos á pisar los umbrales del siglo XX; otros también los hay, concluía por decir, en su amargo monólogo, que emplean su tiempo en escribir novelas ó dramas, que jamás ven

Hosted by Google

la luz pública, y estudios científicos ó políticos, que no salen del cajón de sus papeles, sino para ser leídos en íntima confianza, á algún amigo de la niñez, tan pobre é infortunado como ellos.

Hosted by Google

IV

Rubión y Lumbrera, despues de haber cenado, sin que Juan se apercibiera, y dejando á éste, sumergido en una embriaguez dolorosa, tomáronse del brazo, abandonando el café.

—¡Ha perdido la vergüenza!, dijo aquel, una vez que estuvieron en la calle.

—Es un haragán, que nunca llegará á trabajar; que se ha propuesto mantener á su familia con versos y novelas que nadie se ocupa de leer; y luego se emborracha con nada, añadió Lumbrera.

—¡Que calavera!... probablemente á esta hora, su mujer le estará esperando desesperada.

—¡Y ni ella, ni sus hijos, habrán comido aún!

—Lo que es yo, continuó diciendo Rubión, ni un centavo le daría. Sospechando hace algun tiempo, que el muy vago, fuese á casa, con la intención de asaltar

Hosted by Google

mis bolsillos, invocando necesidades de familia, me hice negar, no quise recibirle.

—¡Has hecho bien! Y lo peor del caso es, que como jamás lleva dinero, todos nos vemos en el compromiso de pagar por él.

Rubión, levantando el cuello de su sobretodo, tras de un estremecimiento de frío:

—Sería muy conveniente, dijo, que disimuladamente, fuéramos poniendo en aviso á nuestras relaciones, sobre la degradante situación á que ha llegado; no sea cosa, que éste las ponga en algún aprieto el día menos pensado.

—Me parece buena esa idea, replicó Lumbrera, porque la verdad es que Leo, se va haciendo un hombre peligroso para la sociedad.

—Hablando de otra cosa, ¿dónde podriamos vernos mañana?, preguntó Rubión de pronto.

—En lo de Teresa, la costurera.

—¿Teresa la costurera?

—Sí, exclamo Lumbrera, me extraña, que no la conozcas.

—Nunca te he oido hablar de ella.

Hosted by Google

—Pues bien, sabrás que Teresa la costurera, no cose nunca.

—¡Como!... No me explico eso.

—Teresa la costurera es una simpática muchacha, de diez y ocho años, que lo único que sabe es hacer el amor, y corresponder con su alegre corazón, á quien mejor la trata, á quien màs dignamente satisface sus exigencias, y sabe colmarla de caricias. La hemos amueblado una pieza á la calle, entre vários amigos; y el que no la regala un vestido, la obsequia con una enagua ó con un par de zapatos. El hecho es, que ella se ha convertido en una princesita de todos nosotros; lo pasa gorjeando como un canario, y hace creer á cierta gente, para evitar habladurias, que le serían perjudiciales, que se gana la vida trabajando de costurera.

Ya ves que no tiene un pelo de tonta. Todos nos complacemos en cenar con ella, y como siempre tiene al rededor de su mesa tres ó cuatro amigas, lo pasamos alegremente en su compañia.

—¿En que calle se halla situada la pieza?, preguntó Rubión, con curiosidad.

—En la calle de las Artes.

—¿Qué número?

Hosted by Google

—¿Quieres creer que no lo sé?; pero no tienes como errar la dirección; porque queda enfrente mismo á lo de tu tio Pascual, al lado de una joyeria.

—¿Es una de fachada amarilla?

—Exactamente.

—Pues allí estaré, sin falta, mañana.

—¿A que hora?

—A la que tú dispongas.

—¿A las ocho?

—A las ocho.

—¡Hasta mañana, pues querido!

—¡Que te vaya bien Lumbrera!, ¡hasta mañana!

Mientras tanto el dueño del café, decía á Juan con una brusquedad insoportable:

—Retírese usted, porque vamos á cerrar el negocio; es la una y media de la madrugada; ya están colocados los postigos en las vidrieras, y sólo faltan los barrotes de la puerta que traerá el mozo enseguida.

Juan, levantando la cabeza pesadamente, como si volviera de una pesadilla:

—¡Qué horror! murmuró entre dientes.

Aquél, insistiendo:

—Tendré que hacer llamar á un vigi-

Hosted by Google

lante si usted no se vá inmediatamente, para que le conduzca preso por ebriedad, pués no sólo adeuda usted lo que se le ha servido, después de irse sus amigos, sino que, materialmente, no se puede tener en pié.

Juan, tambaleando, se levantó sin proferir una sola palabra.

Cuando ya estuvo á punto de salir á la calle, uno de los mozos, mofándose de él, le rozó el sombrero, por detrás, con una servilleta, y el dueño del café, tomándolo de los hombros, le dió un empujón que le hizo rodar hasta el cordón de la vereda, cerrando enseguida la puerta.

Hosted by Google

V

Juan, se incorporó á duras penas; se llevó una mano al corazón y la otra á la cabeza; y, á pesar de su estado de beodez, sintió que el fuego de la vergüenza, le abrasaba la cara, en medio de la soledad que invadia aquel sitio.

«¡Yo en este estado!... balbuceó; ¡yo despreciado por un miserable!»

«¡Ah!, volvió á exclamar, ¡si supiera mi mujer!... ¡si supieran mis hijos!...»

Quiso pararse del todo; pero al intentar hacerlo, resbaló y fué á caer de bruces en la vereda, lastimándose la cara.

El golpe fué tan recio, que la conmoción, como sucede en tales circunstancias, vino á arrancarle, casi del todo, del embrutecimiento á que había estado condenado, mediante la perturbación de sus sentidos.

Levantóse, por fin, y á la escasa luz de un farol, pudo distinguir que por la pe-

Hosted by Google

chera de su camisa, corria un reguero de sangre de la herida que acababa de recibir. Alzó su sombrero, que en la caída, había rodado por el suelo, y aquel, como la levita y el pantalón, se hallaba cubierto de una capa de lodo.

Luego, empezó á andar, vacilante, bajo la fría llovizna en que seguía convirtiéndose la niebla.

Entonces, acudieron en confuso tropel, á su mente fatigada y delirante mil recuerdos punzadores: su esposa y sus hijitos, eran las imágenes que llevaba encarnadas en lo más hondo de su corazón. Poder llegar á su casa era su único deseo en ese instante. Allí, entre nobles y dulces caricias, todo lo olvidaría, hasta la villania del dueño del café, que se había atrevido con una audacia inaudita, á vejarlo, valiéndose de su impotencia, como al último canalla.

¡Con cuánto desprecio le hubiera mirado cualquiera que hubiese acertado á pasar por delante de él en ese instante!

Sinembargo, Juán Leo, en tal estado, representaba algo que no tiene nombre, como ciertas fantasmagorías: inspiraba una compasión tan tierna y respetuosa, que

Hosted by Google

al dibujarse su silueta en las sombras, se asemejaba á la de un mártir, escarnecido por la maldad y el rigor de una injusticia insaciable.

Parecía que aquel hombre, hubiera sido elejido por los más desdichados, para imponerse un doble sacrificio: para despreciar á la humanidad, despreciándose asi mismo; llevando estampado en sus ropas el abandono de una degradación repentina, mezclada á la dulzura de su rostro simpático y á los resplandores de su hermoso genio.

Por fin, le sorprendió el día en la calle.

La niebla se había disipado, dando paso á las ténues é indecisas claridades de la aurora. La ciudad acababa de despertarse bajo el amanecer de un cielo límpido y sereno.

Todo respiraba una alegría bulliciosa en torno. Al áspero aunque bonancible vocerío de los jornaleros, que se dirigían á su trabajo, se mezclaba el ruido de los carros de los lecheros, panaderos y otros vendedores. Los mercados, repletos de carne, gallinas, pollos, verduras, y frutas, esparcidos, estos, en los mármoles de sus magníficos mostradores, ó apiñados en

Hosted by Google

grandes cestas de paja; ostentando á la vez sus compartimentos de fiambrería, cuyas vidrieras, estaban atestadas de lechones y jamones, exquisitamente preparados; chorizos, butifarras y quesos de ave; daban acceso á los sirvientes con sus canastas al brazo, y á muchas damas y caballeros, que, como es costumbre acuden en Buenos Aires á esos establecimientos, con sus criados, á comprar, personalmente, sus provisiones para la comida.

Y muchos jóvenes dependientes de comercio, vestidos con un aseo irreprochable; de fresco rostro, sin dejar traslucir la menor nube que empañara su frente; se encaminaban presurosos al desempeño de sus tareas habituales, después de haber pasado la noche, en medio de esa paz venturosa que ofrecen los hogares de familia honrada.

Ante la armonía de este risueño é inmenso conjunto de vida y movimiento, que al contemplarlo friamente el que sufre, cree hallar en él, una sangrienta sátira á sus penas, una irónica burla á su amargura, una risa sarcástica á sus dolores; Juan, hubiera querido ocultarse de él, como

Hosted by Google

de la mirada de un inmenso ojo humano; y con mayor razón, aún, al ver el lastimoso estado de su vestimenta de pordiosero abandonado; al sentir todavía, el aguardentoso aliento de su boca; el ardor de sus mejillas, surcadas de un tinte entre rosa y violáceo; el fuego abrasador de sus entrañas; la pesadéz de sus piernas temblorosas; su cuerpo aniquilado por la falta de alimento y de reposo; sus desvanecimientos anémicos, que le hacían parecer, á intérvalos, que iba á perder la memoria, y con ésta la razón para siempre; el latir irregular de su corazón oprimido, que á cada trecho que andaba, lo sentía alterarse con titilantes y rápidas palpitaciones; y por último, al ver sus manos como nunca se las había visto: en vetas casi negras las unas, otras amarillo verdosas, y otras de un color plomiso-sucio, que iban á perderse en las venas, formando ramazones ¡síntoma triste y desconsolador de una cianosis alcohólica!

Pero, ya era tiempo de que llegara al término de su jornada.

De repente, se encontró delante de su casa.

Esto era dar principio á la segunda es-

Hosted by Google

cena, más dolorosa, aún, que la primera, de su terrible drama de dos días.

¡Otra lucha en el alma!

¡Qué contraste presentaba el aspecto exterior de su modesta vivienda, que le parecía ahora tan alegre, con el abatimiento de su espíritu!

Allí estaba su salvación, sin necesidad del trabajo que buscaba anheloso; allí encontraría en medio de una santa tranquilidad, el descanso y la recompensa á sus fatigas; y hasta el dulce perdón á su reciente falta cometida.

Quiso llamar á la puerta; pero no se atrevió. Intentó dar un golpe en la ventana; más, faltándole el ánimo, al imaginarse el cuadro de dolor que se presentaría á su vista, tristemente matizado por la ansiosa desesperación con qne le recibirían aquellos seres amados; se tomó de la reja, dejó caer la cabeza entre los brazos, y lanzó un quejido, tan triste, como el adiós de la última esperanza.

Alguien, que no fué el mundo, á pesar de pertenecer á él, escuchó ese lamento, al través de la ventana; alguien á quien Dios, había impregnado de su esencia

Hosted by Google

bondadosa en aquel instante, para mostrar al afligido, el poder de su grandeza.

Y se entreabrió, por fin, esa ventana, y por ella asomó el rostro, una mujer de facciones delicadas, de ojos dulces y frente inteligente. Estaba casi desnuda; ligeramente envuelta en un largo pañuelo de abrigo; y tenía los cabellos en desorden, como los de un enfermo que delira.

—¡Ah, Dios mío, en que estado vienes!... ¡y herido!, exclamó aterrorizada, acariciándole las manos, al tiempo que soltaba el llanto.

—¡Margarita!, balbuceó Juán, levantando la cabeza.

—Voy á abrirte la puerta; pero no vayas á hacer ruido, porque los nenes duermen todavía.

—¡Escucha!

—¿Qué?

—¡Si ellos me vieran así!... Trataré de acostarme; ocúltales mi situación,... si se despiertan...!

—No temas, que yo arreglaré todo.

Á poco, Juán entró, siguiendo á su esposa, pero sin atreverse á abrazarla, sin pretender corresponderle con una caricia, siquiera.

Hosted by Google

Ella, mientras se apresuraba, á prepararle una taza de leche caliente, comprendió la delicadeza de aquel ser, que un día le jurara un amor sin límites y eterno; y entrevió de una mirada, todo el fondo del abismo, por donde la desdicha acababa de arrastrar á su marido.

«¡Cuán delicado es!, pensó entonces; ¡no se atreve á besarme, ruborizado del mísero aspecto que trae!»

«¡Pobre Juán!, volvió á decirse; ¡si la indolente sociedad, conociera este cuadro! ¡Si esos hombres á quienes les sobra bienestar y fortuna, pudiesen mirar por una rendija, á mi pobre marido en este estado!... á él, un hombre inteligente, y de noble corazón; á él, todo un caballero; que, si acaba de cometer un acto indecoroso, por primera vez de su vida, es, lo estoy casi segura, debido á la infame maldad con que sus mismos amigos y compatriotas, le cierran las puertas del trabajo!»

Juán, que se había sentado, empezaba á tiritar de frío, dando diente con diente.

—Ven, le dijo Margarita, tomándole suavemente de los hombros; yo te ayudaré á desvestir; ya es tiempo de que te

Hosted by Google

acuestes y descanses; pero antes, voy á lavarte esa lastimadura.

—¡Oh! no es nada, repuso; es una pequeña herida que me he hecho al caer sobre una maldita piedra; pero más ha sido la sangre que otra cosa.

Margarita, lo tomó de la mano y lo condujo al dormitorio. Allí lo esperaba su cama, preparada en medio de la de sus nenes, que él idolatraba con toda su alma.

«¡Pobre Selva! ¡Pobre Juancito! ¡Qué tranquilos duermen!», murmuró para sí.

Eran estos, dos hermosas criaturas.

Juancito tenía diez años, y Selva iba á cumplir seis.

¡Los dos niños, dormidos, parecían dos auroras, que no se atrevían á despertar, por temor de que se encontrase su mirada con el negro lodo de la tierra!

Por fin, Juan, con la ayuda de Margarita, después de lavarse como convenía, mudóse las ropas interiores, y bebió la leche. Luego, se acostó, bendiciendo al cielo, en sus adentros, por haberle deparado aquel rato de inmensa felicidad, en medio de su amargura, sin tregua, y quedóse dormido.

Entónces, Margarita, se le acercó en

Hosted by Google

puntillas, y depositó sobre su frente, toda la ternura de su alma, que dejó escapar en un sólo beso, al mismo tiempo que se dirigía al pequeño lecho de Selva, que en ese momento, se despertaba, preguntando por su papá.

Hosted by Google

VI

Eran las ocho de la noche, cuando Rubión, infaltable á la cita que le había dado su amigo Lumbrera, llegó á la casa en que ocupaba la pieza de la calle, Teresa la costurera. Aquella habitación, sin ser del todo un camarín de teatro, tenía mucho de él. pues por un lado, junto á una enagua ajada, podia verse un magnífico vestido de encajes; junto á un corsé con las ballenas rotas, una rica pulsera de brillantes; colgadas en el respaldo de una silla, un par de medias de hilo de Escocia, sin extrenar; sobre la mesa de comer, unos zapatos de tafetán; y al lado, una fuente con jamón, unas botellas de vino y dos ó tres copas en desorden. Después, unas cajas de sardinas, recién abiertas, y en un rincón, cerca de la puerta del cuarto, dentro de una cacerola descubierta, colocada sobre un bracero atestado de ascuas, reci-

Hosted by Google

bía los últimos hervores, una gallina que había sido puesta á cocer.

Teresa, estaba en enaguas, con un corpiño de género blanco, los brazos descubiertos, y en actitud de ponerse un largo batón de lana.

No era hermosa ni fea, ni blanca ni morena, ni bién ni mal formada, ni agradable ni antipática: todo en ella, pues, manifestábase de una manera tan indefinible, que la pluma de un literato, se resistiría á describirla. Su cabeza, sinembargo, resaltaba un tanto de ese conjunto indeciso, merced al gracioso tocado.

Por lo demás, se la conceptuaba con justicia, muchacha inteligente y de trato afable, que sabía apreciar á cada persona, por la mayor ó menor importancia de sus méritos. A veces lloraba y maldecía á sólas, los deplorables efectos, ocasionados por la debilídad de su carácter, que primero la habia arrojado en los brazos de un amante infiel; para verse, más tarde, obligada, á sobrellevar una existencia de depravación, á que la había ido induciendo Lumbrera; por el cual, sentía una viva repulsión en lo íntimo de su alma; aunque obligada, como lo estaba, á re-

Hosted by Google

cibir sus caricias con las de otros amigos de éste, por la necesidad é interés de míseras dádivas; todo lo cual, no evitaba que se complaciera, en escuchar, cuando llegaba el caso, las conversaciones de algunos jóvenes de talento, que más que por otra cosa, la visitaban, por la fuerza de la costumbre, y por no hallar un sitio más adecuado para reunirse,—en medio de su aislamiento social--que la pieza de aquella desgraciada.

Sobre un divan antíguo, de un género con fondo azul, floreado de amarillo, ya muy raído, salpicado de remiendos, y cuyos elásticos y lona, desprendidos, por debajo, caían en pequeños cortinajes andrajosos; se hallaba Jaime Lnmbrera, recostado, con los brazos echados hacia atrás, mientras que á su lado, dos muchachas de catorce y diez y seis años, con cara relamidas de hombres calaveras, hilvanaban el ruedo de un vestido.

Rubión, llamó desde el patio, dando dos palmaditas; y Jaime, se dejó caer del di ván, saliendo enseguida á su encuentro.

—¡Buenas noches, Lumbrera!, ya ves que he sido exacto, exclamó aquel, tomándole cariñosamente por la cintura.

Hosted by Google

—Ya lo veo, mi estimado compañero, repuso Jaime, entrando con su amigo.

Y dirigiéndose luego á Teresa:

—Tengo el gusto, dijo, de presentarte, al señor Demóstenes Rubión, uno de mis mejores camaradas.

Este, saludó, enseguida, con un ligero movimiento de cabeza á las otras dos muchachas, que al verlo habían suspendido su costura, y pasó á sentarse en una silla, atestada de colgajos.

A una de ellas se le puso la cara del color de una manzana, porque la otra le hizo una alusión al oído, poniendo en ridículo el abdómen de Rubión, al tiempo que trataba de contener su risa.

La conversación rodó sobre varios temas que se relacionaban con la vida íntima de una vecina de Teresa; la cual, después de haber sido amiga de ésta, se había ensoberbecido de pronto, y puesto vanidosa á tal punto, que la hacía muecas y no la saludaba cuando la veía, por el sólo hecho de haber sido favorecida con el premio mayor de dos quintos de la lotería.

—¿Qué no cenamos en esta casa?, preguntó de repente Lumbrera, con cierto

Hosted by Google

orgullo de que su amigo, fuera testigo de la confianza con que trataba á Teresa.

—Dentro de un rato, replicó ésta, podremos comer una gallina que he puesto á cocer, y beberemos un poco de vino.

—¿Y estas sardinas?

—¡Oh! esas esperan que nos dignemos dar cuenta de ellas, volvió á contestar Teresa, sonriéndose.

—Pués entonces, manos á la obra, dijo Lumbrera.

Y mirando á su amigo:

—¿Qué te parece Rubión?

—Yo ya he comido en casa á las seis y media, pero, no habría inconveniente....

—También yo he comido poco más ó menos á esa hora, interrumpió Lumbrera; pero, como no se trata sólo de engullirnos las sardinas, sino de saborear una gallina fiambre, creo que ni tú ni yo, debemos de deshecharla.

—En ese caso, estoy dispuesto á acompañarte, lo mismo que á estas señoritas, dijo Rubión, sacándose los guantes.

No tardaron en estar todos sentados á la mesa.

El que no tenía un trapo de cocina, por

Hosted by Google

servilleta, tenía un trozo de bata de género blanco; y el que no bebía en un jarro de lata, lo hacía en una copa de cristal, cuyo borde, aún conservaba un rastro de labios grasientos desde la hora del almuerzo.

—¿Cómo le habrá ido á Leo? dijo, por fin, Lumbrera, dirigiéndose á Rubión, mientras se llevaba á la boca la mitad de una sardina.

—¡Como quieres que le haya ido, en el estado en que le dejamos!

—Pues has de saber, que sus mismos parientes, no sólo lo tienen por un haragán, sino que también piensan como nosotros: que pierde su tiempo en escribir novelas, artículos y versos; todo lo cual, en realidad, como tú comprendes Rubión, no pasa de una tontería de necios; porque con versos y novelas, no se manda al mercado, ni la literatura reporta utilidad alguna.

—Pués, yo no pienso de la misma manera!, exclamó, entrando de pronto, Pablo Santana, joven escritor de unos veitiocho años, de gallarda presencia y mirada vivaz, del cual, se decía, que á no ser por una regular fortuna que poseía; su bello

Hosted by Google

talento, habría pasado desapercibido, pués no hubiera podido llegar á abrirse camino, dando á conocer sus obras, como lo hacía, por medio de la impresión, costeada con su propio dinero; ni la sociedad se hubiera ocupado jamás, como se ocupaba, de echarle incienso, y de comentar encomiosamente, los elevados rasgos de su hermoso corazón.

—¡Hola! ¿Tú por acá?, exclamaron á un tiempo, Rubión y Lumbrera.

—¡Yo, en cuerpo y alma!, repuso Santana, saludando, y yendo á sentarse en el diván que aquel ocupara antes.

—Pues decíamos... prosiguió Lumbrera.

—Entre paréntesis, (sin rencores personales,) interrumpió Rubión.

—Que á Juán Leo, agregó aquel, su misma familia, le tiene en el concepto de un verdadero haragán.

—Lo que es yo, dijo Santana, nunca lo he tenido por tal.

—Pués ahora, hasta hay quién asegura, que se embriaga en los cafés, exclamó Rubión, guiñando un ojo á Lumbrera.

Santana, frunciendo el entrecejo:

—Eso último, podrá ser cierto, caballeros, repuso; pero, de todos modos, entre

Hosted by Google

ser borracho un hombre y ser haragán, existe una notable diferencia.

—¿Y qué opinión tienes tú formada de Leo?, preguntó Lumbrera.

—Yo tengo la firme convicción, que es un hombre de talento y un constante é insigne obrero del arte; perseguido por una endiablada fatalidad, en cuanto á lo que se refiere á no hallar trabajo para costearse la subsistencia; lo cual, no será extraño, llegue mañana á conducirlo al vicio, si es que este, ya no ha empezado á hacerle su presa, como ustedes dicen.

Teresa, se levantó para servir la gallina, que Rosa, la mayor de las dos muchachas, había colocado sobre la mesa en una asadera de latón, á falta de fuente de porcelana, mientras que la otra, llamada Antonia, preparaba el café.

Aquélla ofreció una presa á Santana; pero este, se rehusó á aceptarla con delicadeza.

—Ya que no quieres probar la gallina, al menos sírvete un poco de líquido, dijo entonces, Lumbrera, presentándole una copa de vino.

Pablo, sorbió apénas del contenido, y luego, la colocó, casi intacta, sobre la mesa.

Hosted by Google

—Muy bién cocida encuentro esta carne, dijo Rubión, saboreando un trozo del ave.

Lumbrera, volviendo á la conversación;

—Explícanos entonces, mi estimado Santana, en qué consiste esa fatalidad, por la cual, Leo no encuentra siquiera un humilde empleo, para sostener á su mujer y á sus hijos, y tiene, por consiguiente, que vivir, constantemente, del favor de alguna persona de su familia, ó de algún amigo, que quiera condolerse de él, pués Rubión trabaja, y todos trabajamos, como tú lo sabes.

—Con mucho gusto voy á explicárselo á ustedes; pero antes, soy de opinión, que probemos el café que ha preparado Antonia.

—¡Muy bién! ¡que se saquen los platos, cubiertos y migajas, gritaron todos á una, y que venga el café!

Pronto desapareció todo de la mesa.

Rosa trajo una bandeja; Antonia colocó las tazas en ella; y Teresa, complacida de escuchar á Santana, inclinó su silla sobre las dos patas delanteras, y casi rozando con la mesa su seno, se puso á servir un agradable moca.

Hosted by Google

VII

—Tiene la palabra Santana, dijo Rubión.

—Concedida, añadió Lumbrera.

—Pués bién, empezó diciendo aquel, después de encender un cigarro; los hombres como Juan Leo, son mal considerados y peor tratados en su país la república argentina, y principalmente en Buenos Aires, en esta gran capital, cuna donde él ha nacido, y que tan enorgullecidos tiene á nuestros compatriotas.

—¿Por qué razón?

—No se me interrumpa, y lo diré.

—Prosigue, dijo Lumbrera, que te escucharemos hasta el final de tu discurso.

Santana continuó:

—Este es un país, que nunca ha propendido á engrandecerse dentro las órbitas de una vida propia; como si su riqueza, la inteligencia y el brazo de sus

Hosted by Google

hijos, no le hubieran sido suficientes. Ha malgastado aquella, y desechado lo demás; ha preferido á los europeos, para toda clase de trabajo, antes que á los suyos.

Me dirán ustedes, que los países nuevos, necesitan de la inmigración; porque ésta, es una de las poderosas fuentes de sus adelantos; pero á eso responderé, que todo debe tener su limite; pues la inmigración, cuando excede del número de lo posible, se desborda como un mar sin diques; y entonces, no sólo arrastra consigo á nuestras playas, desde la tierra extranjera, en su impetuosa corriente, diferente clase de comercio é industrías, sino que entre ésta, nos trae también gente sin capital, de la cual, una parte, se ocupa de la labranza de los campos, y demás trabajos rústicos, mientras que la otra,— la más peligrosa de todas, por actuar en la esfera social á que pertenece Leo—, absorbe los empleos públicos.

Hé ahí porque Buenos Aires, se ha convertido en una gran ciudad cosmopolíta. ¡He ahí por que, aquel y otros hombres de su mérito, no encuentran, materialmente hablando, un simple empleo de escribiente! He ahí porque, en todos los

Hosted by Google

círculos sociales, como en las diferentes reparticiones de gobierno; sólo un argentino hay para tres ingléses, italianos, alemanes y francéses. Y he ahí porque, la juventud de ésta última generación, lleva en su rostro, impreso, el color de una sangre de múltiples combinaciones: intensa mezcla de raza europea y americana, en cuyas venas y arterias, se extinguirán más tarde, las últimas gotas de savia de la corteza de nuestro origen. Buenos Aires, aquel Buenos Aires, que después del año diez, reflejó todavía, la pureza de sus costumbres, por espacio de algun tiempo más; desaparece del todo, se le ve ir á ocultarse en el ocaso de sus recuerdos. Otros habitantes, pues, desconocidos, pueblan ahora su zona, entre los cuales, apénas puede distinguirse, uno que otro de sus hijos de casta pura. Con su fisonomía, todo en él ha cambiado: las trepadoras enredaderas de nuestros bosques y jardines; con sus fragantes florecillas, han sido, desde hace tiempo, reemplazadas por diversas plantas exóticas. Y lo que es peor, aún: la palabra de honor del hombre honrado, por la intriga y la mentira; el trabajo sobrio y moderado, por la vil explo-

Hosted by Google

tación de los mercaderes, que exprimen el jugo á su fértil tierra, como las sanguijuelas chupan la sangre á quien abunda de ella. Sin contar, con que hoy *no es hazaña*, pasar de pulpero á padre de la patria, ó de simple empleadillo á millonario; y que ciertos tontos é insignificantes, para dar *patente* de hombre de talento, á alguno que otro de sus compatriotas, necesitan que éste, lleve registrada en un pergamino, una firma francesa, inglesa ó alemana, á manera del sello de las grandes fábricas europeas de calzados y guantes.

Así, tenemos, que por un prurito de *vestir* á la inglesa, de afrancesarse ó de italianizarse; todos, desde el primero hasta el último periodista argentino, como algunos literatos, escriben sus crónicas en nuestros diarios ó revistas, matizadas con frases de varios idiomas, formando un áspero desconcierto de voces que las convierte en una Babel; creyendo probablemente, los que no se dan cuenta de la riqueza de su propia lengua, y la tienen en ménos, engalanar de la mayor cultura y del mejor buen tono posible, las tales Crónicas.

—¡Eso es muy gracioso, y es una gran

Hosted by Google

verdad!, interrumpió Teresa, como si deseara tomar la palabra, en apoyo de las ideas de Santana.

Este, prosiguió:

—Todo lo cual, sin duda, no deja de revestir una maravillosa novedad; porque, de ese modo, puede leerse en Buenos Aires, una crónica de nuestros salones, escrita en diferentes lenguas del mundo, aunque la mayor parte de la juventud argentina, caballeros y señoritas, á quienes la carencia de medios, no les ha permitido instruirse en idiomas, se queden ignorándolo todo, al pasar por aquella su vista; hallándose obligados, por consiguiente, á privarse, muchas veces, de la única lectura, que en medio de su triste soledad, les sirve, para desechar largos ratos de aburrimiento y hastío; ya que para ellos, no se hicieron los teatros y los parques en este mundo.

—¡Bravo!, dijo esta vez Teresa, más entusiasmada que nunca.

—¡Oh! volvió á exclamar Santana, lo qúe acaban de oír ustedes, tiene que producir lá hilaridad de esos mismos extranjeros.

—Es claro, murmuró aquella.

Hosted by Google

—A lo cual, habría que agregar, siguió diciendo Santana, con irónica sonrisa, la confección de algunas listas que componen muchas veces, las «*Notas sociales*» de los periódicos, y que suelen suscitar entre viejos, cuanto distinguidos porteños, diálogos tan sensacionales como el siguiente:

—¿Porqué no se ocuparán de mí, también, cuando llego á encontrarme enfermo, sabiendo como lo saben mis compatriotas, los sacrificios que tengo hechos en bien del país?

—Por que, para que se ocuparan de usted sería necesario que tuviera usted la bolsa en estado de tomar un palco por temporada en los teatros, para su familia; de abrir sus salones á toda esa gente que no vive en otro ambiente, ni tiene otro ideal empotrado en la cabeza, que el de los fútiles placeres; y por último, de hacer frente á los gastos que requiere un coche de librea; y de poder bañarse en Mar del Plata, todos los veranos.

—Bien, no diré entonces, que mencionen mi nombre en la sección destinada á los que viven en el mundo de las diversiones; pero sí, en otra cualquiera....

Hosted by Google

¿Y á éste médico, bajo cuya asistencia, no bien entra un enfermo, cuando ya le receta para el otro mundo; porqué le nombrán tan frecuentemente?

—¡Oh! á ese... por que acaba de llegar de Europa!

—¡Ah!... ¡que desquicio social! ¡Dá tristeza despertar en un amanecer tan nublado! ¡Por lo visto, todo se ha convertido en oropel y falso artificio!

—Así es amigo! ¡Ya vé usted que hasta los huevos de gallina, se hacen empollar hoy, bajo un simple calor artificial!

—¡Por eso es que esos pollos no son tan sabrosos, como los de ahora treinta ó cuarenta años! ¡Que tiempos aquellos!

—¡Ah! ¡que tiempos! ¡que tiempos!

Santana, después de una leve interrupción:

—¿Ignoran, acaso, los que así se expresan, dijo, que á no ser la pluma de uno ó dos ilustres historiadores, jamás se ha oeupado este pueblo, de aclamar expontánea y cariñosamente á los hombres que nos dieron patria y libertad? ¿Quién podría describir la profunda pena y el silencioso resentimiento, que minara el corazón de Belgrano y de San Martin, en

Hosted by Google

aquellos días que sucedieron á la grandeza de sus sacrificios; ante el cruel desden con que los mismos argentinos, sus compatriotas, les correspondieron ? ¿Quién, el desgarrador sufrimiento de sus compañeros, que le siguieron en la heróica cruzada de la independencia? ¿Y que ha sido de sus descendientes, á quienes ni siquiera se les guarda la consideración que merecen, por respeto á la memoria de aquellos, si alguna vez se presenta una oportunidad para favorecerlos? ¿No ven ustedes, que cuando han solido hacer conducir las venerables cenizas de esos veteranos, á pedido ó á insinuación de la misma familia de éstos; y á cuyo sólo recuerdo, resplandece la hermosa luz de la gloria de sus hazañas; la entrada de esas cenizas en la capital de Buenos Aires, no ha sido, seguramente, bajo simbólicos arcos de flores, ni al són de marchas fúnebres; sinó, bajo el más indigno de los silencios; como si hubiera habido un secreto y misterioso deseo de ocultarlas, á la mirada de la nueva generación? ¿No ven, ustedes, que cuando llegan á poner el nombre de uno de esos brillantes soldados de San Martin ó de Belgrano, á una calle de nuestra

Hosted by Google

ciudad; lo hacen en los confines de los mismos suburbios, inscribiéndolo sobre la pared en ruinas, de algun callejón que va á rematar en un hueco ó en un zarzal, por donde ni los perros se atreverían á pasar de noche; mientras se coloca el de un extranjero, á quien nada debe, ni su misma patria, en otra calle de mayor importancia? ¿Todo ésto, es, en cuanto á nuestros hombres de espada. ¿Que sería, si dijeramos algo de nuestros viejos poetas y literatos? ¿Que bronce se ha levantado hasta ahora, para perpetuar, como es debido, la memoria del autor de *Amalia,* que se atrevió á fulminar la tiranía con el grito en que un día hiciera repercutir sus heróicos versos, desde el fondo del sombrío calabozo de su prisión?

Teresa, escuchaba á Santana, cada vez con mayor interés.

Este, volvió á dejar de hablar, por un momento, para encender de nuevo su cigarro, y luego prosiguió:

—Hay veces, que yo creo, que nuestra grandeza se halla en el pasado, como decía un poeta; y que, indudablemente, el progreso, nos va induciendo al mal; porque no queremos entendernos; porque

Hosted by Google

nadie se somete hoy, á un órden verdaderamente moral! Tenemos, pues, también, que nuestros compatriotas, que ya han logrado pasar por las contrariedades y sinsabores con que lucharon en su juventud; que han conseguido llegar á la cúspide á que aspiraban; achacan hoy, á empleomanía, el anhelo y la desesperación con que un Juan Leo, y los que se hallan en idénticas circunstancias de éste, buscan una colocación en un rincón de la casa de gobierno ó en cualquiera repartición pública; para asegurar, por lo ménos, la subsistencia de su familia, ya que como artista, no tiene protección alguna. Yo preguntaría á esos mismos hombres, que han sido ellos toda su vida, sino empleados; y aún, después de haber llegado á obtener pingües fortunas; el que no desempeña el puesto de secretario de estado, es ministro plenipotenciario, cerca de tal ó cual país; el que no es congresal, es intendente ó gefe de una oficina importante, ó delegado de tal ó cual parte, ó presidente de la república; por que hasta éste, como sabemos, no es más que un alto empleado á sueldo, el más alto de todos.

Hosted by Google

—¿Y ya que eso es así, porqué Juan, y los que se hallan en su caso, no viven de sus producciones literarias?, se le ocurrió preguntar á Rubión.

—La respuesta es muy sencilla, exclamó Santana; se funda, precisamente, en lo que dejo dicho: Así como no se tiene fé en la consistencia de nuestro brazo, para el trabajo rudo y material, tampoco se le tiene á nuestra labor intelectual.

Se buscan ideas en fuentes agenas, en vez de buscarlas en las propias; y de ese modo, se explíca, que los escritores argentinos, no tengamos editores, que quieran dar á conocer nuestras obras; ni órganos sérios de publicidad, que nos alienten en la árdua y penosa senda de la literatura. ¡Y cuanto cuesta escribir, si á mayor distancia se está de lo mediocre! ¡Y qué absoluto desconocimiento tiene el vulgo, del mérito que encierra una sóla página bien inspirada, cuando, principalmente, el autor de ésta, pugna por desechar la miseria, cerrando los ojos, humedecidos por las lágrimas, ante las duras privaciones de su mujer y de sus hijos, para volver á posarlos con una fuerza de ánimo de gigante de músculos de acero,

Hosted by Google

sobre el papel, donde estampa las ideas que vivieron aprisionadas en la mente, un día ó toda una época, con los ensueños de su fantasía ó las realidades de su amarga experiencia! Si ustedes leen con frecuencia, nuestra prensa diaria, tendrán oportunidad, no sólo de hallar en sus columnas, bajo la forma de extensos artículos, las más pobres vulgaridades y tonterías, escritas al descuido; que se complace aquella en pagar á peso de oro, por el hecho de haberlas elaborado la pluma de un escritor francés, inglés, alemán ó italiano; sino, que, en los telegramas, que también se pagan con una prodigalidad asombrosa, encontrarán noticias, por ejemplo, de la *importancia* y *magnitud,* como las que paso á hacer conocer á ustedes, y que sírven para corroborar la poderosa sugestión, que ejercen desde hace mucho tiempo, sobre la república argentina, ciertos países del continente europeo. Hé aquí, pues, los telégramas á que me refiero, y que suelen ser del tenor siguiente:

—«Ayer, de mañana, el rey Fulano, se «sintió resfriado; estornudó tres veces; «pero, felizmente, por la tarde, el leve «mal, había desaparecido; y es de admi-

Hosted by Google

«rar, el placer, con que el pequeño rey, «bebió unas cucharadas de caldo con arroz, «que le sirvió su nodriza.»

Teresa, soltó una carcajada.

—Todavía faltan otros telegramas, dijo Santana, que si mal no recuerdo, suelen estar concebidos en los siguientes términos:

«Hoy ha dado á luz un precioso niño, «la condesa de Tal.» «El marqués de «Cual, regresó de su paseo á caballo ayer, «con un pequeño dolor de muelas».

—Ahora, bien, preguntó Santana, ¿qué juicio se formarán de nosotros, los mismos europeos, que lean en nuestros periódicos sérios, semejantes sandeces y simplezas; ni que conveniencia pueden reportar, tales informaciones, desprovistas de buen sentido? Después de todo lo que dejo dicho, ¿se puede concebir, que los pocos cuanto respetables viejos argentinos, que nos quedan, exijan patriotismo de sus jóvenes conciudadanos? ¿Qué suelo quedaría á éstos para defender, en un caso dado, desde que no existe un yuyo ó una lonja de tierra en la república argentina, que no sea negociada por los extranjeros, en usufructo exclusivamente de ellos? ¿Qué

Hosted by Google

amor podría tenérsele á un árbol, que despues de haberlo plantado una familia en el huerto de su propia casa, vinieran á injertarlo, vários vecinos, extraños á aquella; y al producirse el fruto, del cual se apoderasen éstos, más tarde; se hallase, que de un gajo, brotaban abundantes peras, de otro, manzanas, y de otro, guindas; mientras que del primitivo, sólo se viera colgar un durazno, ya degenerado por la fuerza de distintas savias? Y ésto es, sin parar nuestra atención, en asuntos de mayor trascendencia, que apénas deja traslucir, el porvenir á nuestra mirada: ¿Que dirían ustedes, si llegase un día en que se refundiera la América del Sud en la del Norte, contra toda protesta de los hijos de aquella? ¿Y que dirían, si también llegásemos á ver obscurecer los ideales de la raza latina-europea, después de pasar al poder de la sajona, vencedora ésta última, por la fuerza de su temerario y cruel positivismo?

—Yo encuentro muy razonable, todo cuanto nos dice el señor Santana, exclamó Teresa.

—De todos modos, dijo Rubión, apartándome de la cuestión extranjera; yo

Hosted by Google

creo, que más dignos de compasión que los hombres como Leo, son los obreros que pertenecen á la gente baja del pueblo, esos infelices, que trabajan á la intempérie, desafiando las lluvias y los vientos; que llevan á su boca, por único alimento, un pan duro y una cebolla cruda, para poder con su mezquino jornal, no sólo evitar el hambre á su familia, sino, también, llegar, mediante una economía ejemplar, á construir un techo de su propiedad.

—¡Oh¡ existe una enorme diferencia entre esos hombres y nosotros: ellos, nada echan de ménos; por que han nacido en un centro, limitado por sus bajas aspiraciones, que no les permite entrever los vastos horizontes, que descubrimos nosotros, cada día que pasa, repuso Santana, al tiempo que se despedía de sus amigos, dejando á Teresa pensativa, como si ésta reflexionase sobre el mismo tema.

Hosted by Google

VIII

¡Rubión y Lumbrera, no se dan cuenta, pensaba Santana, caminando despaciosamente en dirección á su casa; que entre la clase social á que pertenece Juan Leo, y aquella á que pertenece el obrero plebeyo, bajo sus distintas ocupaciones ó deberes, existe tan notable diferencia, á pesar de ser ésta última, también digna de compasión algunas veces, que no debería enunciarse! La primera sufre, por que le faltan los medios pecuniarios para actuar en su propio centro, y la segunda, no; por que se halla en el suyo desde que nació, sin tener ó haber tenido que luchar y vencer dificultades para vivir en él. Si los padres ó abuelos de Juan, y de los que se encuentran en idénticas circunstancias de éste, ocuparon altos destinos en la sociedad á que pertenecieron, y coronados por la aureola de la gloria, á costa de heróicos esfuerzos y abnega-

Hosted by Google

cion, legaron su nombre á la historia; sus inmediatos descendientes, pues, que llevan en sus venas la misma sangre, y han bebido su savia, no podrían avenirse nunca, por más que les torturase la pobreza, á empedrar las calles; tanto más, aún, si en los cerebros de éstos, brotó, al nacer, el germen de las grandes ideas; y en su corazón, la cultura y el sentimiento, por todo lo más bello y generoso que existe sobre la tierra! Además, que los hay de modesta cuna, y sin que tampoco sus antepasados hayan sido de gran nombradía; pero que, por su alto desarrollo moral y otras dignas condiciones personales, no les sería posible, sin también rebajarse como aquellos, desempeñar ninguna de las diferentes clases de labor á que se dedican los hombres, que pertenecen á las últimas capas sociales. Por otra parte, ¿como podría nunca armonizarse, el sentido moral que mantiene á esos seres, aun que pobres, en el nivel de los más nobilísimos aristócratas, por su elevada educación, talento é ilustración, con el trabajo rústico del hombre ó de la mujer del bajo pueblo? No se podría pretender, ni ménos exigir, por ejemplo; que un jóven de

Hosted by Google

buen linaje ó nó, que se hallara consagrado en medio de su pobreza, al trabajo de una obra artística; trccase al sonar la hora de sus ocupaciones, para ganarse el pan para él y su familia; la paleta del pintor, ó la pluma del literato, ó el cincel del escultor, por la pala del labrador, ó el carro del panadero ó la cuchilla del carnicero; por que eso no correspondería, entonces, á sus aspiraciones, ni á las de su familia; y por que de ese modo, sólo conseguiría acarrearse el menosprecio de sus relaciones; y en fin, el de la sociedad, que viéndole en tales condiciones de trabajo, con mayor razón, se desdeñaría de tenderle su mano, embalsamada por el perfume de la aristocracia; sí, de la aristocracia, que tiene su fundada razón de ser, por aquello de que *«todo árbol es madera, pero el pino no es caoba»;* pues una persona de hábitos distinguidos é ilustrada, sin dejar de ser cortés por inclinación, nunca podría, en un salón de buen tono, dispensar al primer patán que se le presentase, el comedimiento y cultura que á otro que se hallase en idénticas condiciones de su nivel, por su buen orígen y alta posición; sinembargo, de ser ella, igual

Hosted by Google

al patán, ante la justicia y las leyes del mundo. El obrero ó jornalero plebeyo, pues, que nos trae la inmigración, lo mismo que el criollo, pasan su existencia alegremente: satisfacen sus aspiraciones, cavando ó sembrando la tierra ó aparando ladrillos; sin contar que ellos tienen siempre dibujada en sus labios, una sonrisa de mofa para con la cultura, á la cual, miran como un simple estiramiento de orgullo; por que no la conciben; ¡como tampoco se dán cuenta, que existen empinadas cumbres, donde va á posar sus alas, tras poderoso vuelo, la inspiración de los espíritus selectos! Es muy creíble, que el célebre poeta Lamartine, como otros; únicamente llevado de su hermosa fantasía; haya podido idealizar, en algunos de sus bellos libros, la vida de la clase obrera, entre los campesinos franceses, por ejemplo; pues sólo así se explica, que más tarde, Zola, su compatriota, ese otro ilustre soldado de la literatura y de la poesía, á pesar de ser, talvez el más idealista de nuestros tiempos,—aunque ésto último, no lo parezca á la inteligencias vulgares;—haya dejado en *La Tierra,* admirablemente fundidas con la resaca de los campos de

Hosted by Google

los polutos labriegos, que su hábil pluma removiera un día; las efigies de éstos, tales como son: rústicos, hasta más allá de la saciedad; de una laxitud desvergonzada; sedientos de lujuria como el sátiro; y con una satisfacción odoisa de la vida brutal á que se entregan, desde que nacen; y un encenagamiento tal del corazón, que hay que confesar, en medio de las náuseas que la lectura de ese libro provoca; la acerba repulsión que llega á cobiarse á esos seres, cuyas costumbres destilan tan hediondo cieno, que aún sería encomioso para ellos, si se les llamase bestias! No solamente son agenos á toda moral esos hombres, sino, que hasta su misma inteligencia es limitada por una persistente inclinación á lo exclusivamente material. ¡Ni siquiera el sello llevan en su frente, de esa cierta grandeza, que dejaron impresa en las molduras y relieves de las columnas ya desgastadas por la acción destructora del tiempo, los esclavos griegos!

Los obreros, pues, saben aserrar un madero, saben pulirlo, saben introducir un clavo, bajo los certeros golpes de su martillo; saben colocar la espiga de un tor-

Hosted by Google

nillo en una tuerca; saben practicar una escavación; oradar una piedra; pero no saben más; porque todo ésto, lo aprenden como lo aprendiera un mono. Cansado está el público de todas partes del mundo, de ver exhibir en el circo de cualquier saltimbanqui, perros que cortan con un serrucho un trozo de tabla, y ratones, llamados *industriosos,* que hacen de señores ministros los unos, y los otros de cocheros, cocineros, mucamos, y demás cargos de una servidumbre. Y en los manicomios, hay alienados, á quienes se les enseña á hacer calzado, y lo confeccionan admirablemente; lo mismo llevan á cabo obras de carpintería y de herrería, cuyos satisfactorios resultados, nada dejarían que desear, á los más entendidos en esos oficios. En el gaucho de nuestra Pampa, si se encontraría la fosforescencia de una inteligencia digna de tomarse en cuenta; el generoso desinterés de quien no dá importancia á su trabajo, valga éste lo que valga, y la nobleza de un corazón, verdaderamente ejemplar. Moral en el hogar, sobrio en sus costumbres, y constante como sufrido trabajador; no le amedrentan los vientos ni la lluvias, que so-

Hosted by Google

porta en silencio, sobre el caballo en que, de diario, cumple sus obligaciones, desde que el alba asoma, hasta que el sol va á ocultarse, para dar paso á la noche. Su cama, se compone de las piezas que forman el recado de su overo ó alazán, incluyendo en éstas su poncho, que le sirve de cobertor: utiliza la carona como colchón, los bastos como almohada, y el cojinillo como funda de ésta. Y á ese gaucho, que á la hora del descanso, desde la puerta de su rancho ó tapera, ó bajo el frondoso ombú, no tiene otra diversión que la de entonar sus tristes endechas, al compás de los quejumbrosos ecos de su guitarra, ó sus amorosos recitados, que mezcla al dulce *cielito;* nada le sorprenderá tanto, como la naturaleza, en cualquiera de las manifestaciones con que ésta se presente á sus ojos; por que su corazón se desborda de poesía. Se le conducirá á la capital más vasta del mundo: él, no admirará tanto sus colosos edificios, sus parques, sus teatros mismos, en medio de la representación, ni el suntuoso lujo que puebla los salones de los grandes palacios; como el mar, por ejemplo.

Ante éste, como ante el firmamento,

Hosted by Google

permanecerá abismado, bajo una contemplación malancólica; y no se apartará de sus orillas, mientras no haya gozado hasta saciarse, de la placidez de sus dulces ondas ó del ciego furor de sus borrascas.

Hosted by Google

IX

Mientras tanto, no faltaba también quien dijera:

En Buenos Aires los argentinos, destinados á encabezar la democracia, no la observan para con sus conciudadanos, sino para con los extranjeros; por que aquellos se muestran ante los suyos, ajustados á los ribetes de una vanidad despótica y humillante, dejando también mucho que desear en lo concerniente á la ley, no sólo por su propia antinomía, que la obliga á proceder con odiosas vacilaciones, sino, por la falta de imparcialidad en la rigurosa ejecución que prescribe la voz imperiosa de aquella; mientras que ante los últimos, esto es, ante los extranjeros, por el contrario: se encogen y se achican, bajo las grotescas ropas de un servíl republicanismo, que les confunde en estrecho lazo de fraternidad, con el primer palurdo enguantado que nos viene de

Hosted by Google

fuera. Poco importa que éste, haya sido quien fuese, allá en la tierra que le viera nacer; porque para eso trae la mejor recomendación que le acredita digna y debidamente á los ojos de la sociedad bonaerense; pues sólo le bastará, para ser recibido en ella y gozar de todos sus privilegios, exclamar, al tiempo de exhibir su partida de bautismo: soy de tal ó cual parte de Europa. Inmediatamente, sin dársele tiempo para olvidar las molestias que le ha ocasionado la travesía del océano; sin dejársele siquiera cepillar su ropa, emblanquecida por el polvo del camino, que media desde la dársena al hotel en donde va á hospedarse; se le sienta á la mesa del banquete, que, en señal de afectuoso recibimiento, se le prepara; y, como siempre, tras de los brindis viene la expansión, y con ésta, la intimidad; *el bien venido y distínguido forastero,* como es de orden que lo llamen los periódicos; pronto, también, acude un día jueves, á la casa de una de las honorables familias, perteneciente á alguno de los argentínos que le ofrecieron el banquete; y allí, después de ser presentado por éste, á su esposa, á sus hijos y á las selectas personas de

Hosted by Google

su relación; aquel, llega á pasar el tiempo intimamente en la casa, que conceptúa como de su familia; estira las piernas y bosteza cuando le place; y sin esperar el día señalado para acudir á los recibos; por que ya en adelante, no necesita preocuparse de los jueves; se presenta en la casa de diario, á la hora del almuerzo y de la comida. Si es en invierno; también, será infaltable á las dos ó á las tres de la tarde, á tomar el té con bizcochos. Si por el contrario, reina la estación del verano; será él el primero de toda la familia, en tomar el tren que le conduzca *á la quinta,* donde probará las mejores frutas; beberá los vinos reservados y mejor ocultos en la bodega ó sótano; fumará en pipa del más aromático tabaco de hebra; se bañará en la tina ó pileta que más respeten los mismos hijos del dueño de casa; dormirá la siesta, en la cama de cuando éste era soltero; calzará sus más lujosas zapatillas; se pondrá el mejor guardapolvo; subirá en el mejor carruaje; montará en el más estimado caballo de su silla; y en los días de caza, apuntará á los pájaros, con la escopeta del mejor fábricante, también pertene-

Hosted by Google

ciente al dueño de casa. En estas circunstancias, fácilmente se comprenderá, que pronto, á este caballero *comerciante emprendedor,* ó *conde* ó *marqués*, cuando no *duque*, sea invitado á los recibos de los principales centros de sociedad, como á los grandes bailes de nuestros clubs; y se vea colmado de atenciones, al mismo tiempo que de favorables ofertas de trabajo: pues á él, se le entregarán tierras para fundar colonias, se le darán empleos, que aceptará ó no, según sus miras ó conveniencias; y con éstos, se le hará una séria promesa de concederle, para que pueda formar su hogar, la mano de alguna encantadora niña de extraordinaria belleza, nacida bajo el cielo que cubre á Buenos Aires, y de quien, cuyo *único defecto* consista, en estar habituada á mirar desdeñosamente á sus compatriotas, que, sólo por el hecho de ser argentínos, y no contar con una buena renta, nada valen ante sus ojos deslumbradores. Y por último, llega un día, en que al tal extranjero, ya no le bastan empleos, ni colonias, para satisfacer sus aspiraciones; quiere, ahora, ser caudaloso, y lo que es más, aún; quiere serlo de improviso. Para ésto, en una noche de baile, mien-

Hosted by Google

tras lleva del brazo á su novia, al ángel de sus ensueños amorosos, y la pasea por el suntuoso salón, resplandeciente de luces y de flores, va premeditando con cínica frialdad, un tenebroso plan, sobre falsificación de la firma del padre ó del hermano de aquella, que llevará á cabo al siguiente día, ante un Banco cualquiera; para luego desaparecer, yendo á parar á sus pátrios lares, con la cuantiosa suma de dinero, que tan vilmente sustragera á ese padre de familia, que le dispensó su confianza, y protegió en el trabajo, como no lo hubiera hecho con un compatriota suyo; al mismo tiempo que deja burlada á la seductora cuanto altiva niña, mientras que la justicia, intenta con su hábil mano, tenderle la red con que debe aprisionarlo.

Hosted by Google

X

El señor Fernando Gramilla, viudo, y acaudalado estanciero, natural de Buenos Aires, y de una de la más honorables familias del país, en festejo del cumpleaños de su única hija, Clementina, hermosa jóven de diez y ocho primaveras; había resuelto invitar á sus relaciones á un gran baile, abriendo los salones de su magní fica morada, á la sociedad, por primera vez.

Por una rara casualidad, don Próspero, un hermano de aquel, había instado á Juan Leo, para que asistiera á la fiesta; y el orígen de esa casualidad, consistía, en el interés que había manifestado la familia de Gramilla, por obtener de éste, una crónica detallada, despues que tuviera lugar, dicho acontecimiento social.

Juan, que no se consideraba en circunstancias, como para presentarse en medio de una fiesta de tal magnitud, por no

Hosted by Google

tener un traje de frac, ni contar con los medios para procurárselo, dijo á Margarita:

—La pobreza me oblíga á no aceptar esta invitación; no tengo ropa adecuada para asistir al baile que dará Gramilla.

—Es de sentirse, contestó aquella con tristeza; por que tú, con mayor motivo que otro cualquiera, no deberías rehusar esas invitaciones, que suelen ser tan benéficas á los que se hallan en tu caso. ¡Quien sabe, agregó suspirando, si en medio de ese bullicio, llegas á entablar conversación con algun hombre de negocios, que pueda labrar nuestra felicidad, proporcionándote un empleo ó una comisión de gran utilidad !

—¡Tienes razón, exclamó Juan, también yo he pensado lo mismo!

—Entonces ¿porque no le pides prestado á Santana, su traje de frac? ¿Tú crees que te lo negaría?

—De ninguna manera. Pablo es el único de mis amigos en cuya sinceridad, tengo verdadera fé.

—¿Quiéres, pues, que se lo mandemos pedir?

--Bien, le escribiré dos palabras.

Margarita, llamó á Talca, su pequeña

Hosted by Google

sirviente, una bella india como de doce años; tierna rama de los últimos vástagos de la Pampa argentina.

Cuando ésta se presentó, la carta estaba concluida, y luego desapareció, llevándosela.

Juan, encendió un cigarro, y alzando sobre sus rodillas á Selva, que acababa de entrar, se puso á acariciarla.

En ese instante, se sintió una voz de mujer, fresca, juvenil, y de timbre alegre, que decía:

—Buen día, Juan! ¡Buen día, Margarita!

Era la esposa del hermano de aquel, que acababa de descender de un coche, y entraba con unos atados en la mano, cuya prolija envoltura, indicaba que contenían algunos objetos, recien comprados en las tiendas.

Raquel, que así se llamaba; aunque jóven y simpática, á primera vista, no dejaba traslucir en los detalles de su fisonomía, un sólo rasgo de belleza.

Su marido, Plácido Leo, había adquirido una holgada posición en el comercio, y tanto éste, como ella, que también contaba con una respetable herencia, que al

Hosted by Google

morir le dejaran sus padres; se mostraban dadivosos y desprendidos, cuando llegaba el caso de colmar la medida de su vanidad insoportable, en medio de cuyo ambiente, vivián hinchados como dos pavos reales. Tenían una hija de diez años, que se educaba en un colegio, cuya institución, dependía de damas pudientes de la sociedad, y de una orden de hermanas de la caridad, al cual, daban acceso dos puertas de entrada, que también servían para la salida. Una estaba vedada á las niñas de familias pobres: sólo pasaban por ella, las hijas de padres ricos; porque la gente encumbrada, había establecido esa condición, pensando, sin duda, que era indecoroso y hasta denigrante, que sus hijas, rozarán al pasar, las ricas telas de sus vestidos con el percal de las infelices criaturas, de desvalido y mísero orígen, como *lo hubiera sido,* que rozaran el manto de la Vírgen María, la adorada madre de Jesús, si viviera; por que nadie fué más pobre que ella; todo lo cual, tenía completamente enorgullecidos al hermano y á la cuñada de Juan, que, participando de esas ideas, veían complacidos, entrar al colegio y salir de él á su hija, por la

Hosted by Google

puerta reservada á las niñas de millonarías familias.

—¿Tú, por acá?, exclamaron á un tiempo, Juan y Margarita.

—Sí, he bajado del coche, por un momento, no sólo con la intención de hacerles una pequeña visíta, sino también, con la de mostrarles unos objetos que he comprado para regalar; y aunque ustedes, añadió, tratando de endulzar sus palabras con una sonrisa fingida, se hallan por desgracia tan pobres, y viven en un completo retraimiento del mundo bullicioso; creo, sabrán darme su opinión, sinembargo, diciéndome, si són, ó nó, de buen gusto.

—Aver, dijo Juan, estirando la mano, mientras que Raquel, le presentaba una caja depeluz, color granate.

—Examina bien el contenido, y después, muéstraselo á Margarita.

Era un anillo de un solo rubí, guarnecido de perlas, que podría costar unos quinientos pesos.

—¡Es una hermosa piedra, que á la simple vista, no deja traslucir el menor defecto! exclamó Juan.

Y después de una detenida observación:

Hosted by Google

—Toma, añadió, pasándoselo á Margarita.

—¡Es un precioso anillo! dijo ésta á su vez, con la misma complacencia que si le perteneciera.

—Bien, ahora, les voy á enseñar algo más, exclamó Raquel.

Luego, levantando la tapa de otra caja, mucho más pequeña que la anterior, sacó de ella un par de rocetas, con un brillante en el centro de bastante fondo.

—¿Se puede saber á quien las regalarás, preguntó Margarita, inocentemente, después de ponderarlas con Juan, durante un ligero exámen.

—A mi ahijada, respondió Raquel.

—¿Y el anillo?

--A Clementina Gramilla, en el día de su cumpleaños.

—¿Y este envoltorio? preguntó Selva, con su candor de seis años, indicando un atado con cinta azul.

—¡Ah! ¡me olvidaba!... ese contiene un par de medias de color, para tí, y un prendedor que le he traido á tu mamá, de regalo.

—¿A mí?, interrogó ésta con curiosidad.

—Sí; pero es una *alhaja* que nada vale;

Hosted by Google

de simple vista y relumbrón; que te servirá, únicamente, para sugetar tu pañuelo de casa, repuso Raquel, en tono de broma; tratando así, de hacer más admisible su obsequio á los ojos de aquella, mientras le entregaba un prendedor de composición, amarillo, con una piedra de vidrio rojo, que valía lo que un cascote, y al tiempo que ponía en las manecitas de Selva, las medias, cuya ordinariez y mal gusto, denunciaban, de lejos, su ínfimo precio de treinta ó cuarenta centavos.

—¿Y esto otro, que es?, volvió á preguntar la cándida nena, levantando de una silla, dos pequeños paquetes de fina cartulina.

—¡Jesús!... ¡que criatura tan insoportable es ésta! Deja eso, que son unos bombones y unos pasteles de dulce, dijo Raquel, con rabia, tomando á Selva de un brazo, y apartándola de su lado.

En ese instante entró Talca, trayendo á Juan el traje de frac; y entregándoselo, exclamó:

—Dice el señor Santana, que se lo envía á usted de regalo, por que él tiene otro, que deja para su uso.

—¿Piensas ir á alguna reunión?, pre-

Hosted by Google

guntó Raquel á Leo, sin poder disimular su curiosidad.

—Sí, repuso éste, estoy invitado para el baile de lo de Gramilla.

—¿Y vas con ropa que no es para tu cuerpo?

—Es probable que me esté bien, por que Pablo y yo, somos de la misma estatura, y poco más ó menos, del mismo grueso.

—Aún así mismo, repuso aquella, mirando á Margarita, con cierta insistencia; yo nunca consentiría que Plácido, asistiera á parte alguna, con ropa que hubiera sido de otra persona; es muy ridículo eso; y parece que se conoce á la legua, que el traje no es de quien lo lleva puesto.

—¡Cuando no hay otro remedio!, balbuceó Margarita.

—¡Que se va á hacer!, murmuró Leo.

—No ir.

—Me es imposible desairar á quien me ha invitado.

Raquel despidiéndose:

—Voy á retirarme, dijo; por que estoy segura que Plácido me espera impaciente.

Y tomando, de pronto, sus paquetes de

Hosted by Google

pasteles y bombones, alzóse el vestido hasta el tobillo, y desapareció precipitadamente.

Poco después, se sentía el ruido del coche en que se alejaba.

Hosted by Google

XI

Raquel, llegó á su casa, en circunstancias que Plácido la esperaba en el comedor para almorzar.

—¿Por que has tardado tanto?, dijo, cuando la vió entrar.

--Por que me he demorado en lo de tu hermano.

—¿Has estado en lo de Juan?

—Sí.

—¡Admiro tu valor!

—¿Por que?

—Por que no sé que pueda agradarte, ir á visitar á una gente como esa, que sólo se ocupa de llorar miserías, desde que uno entra en su casa, hasta que sale de ella. Y por otra parte, que al tonto de Juan, alguién, por chafarlo y reírse de él, le ha hecho creer que es un gran escritor; de cuyo disparate se halla convencido, y pasa su tiempo en escribir tonterías, que nadie se ocupa de leer; en vez de buscar

Hosted by Google

trabajo, para mantener á sus hijos, y á la estúpida de su mujer, que en lugar de aconsejarle que trate de ganar dinero, como ganamos los hombres laboriosos, para no tener que mendigar á nadie; le fomenta esas ideas, como si estuviera convencida de que su marido, es un dios de la literatura.

—¡Ah! y no es eso sólo, dijo Raquel; figúrate, Plácido, que Juan, le ha pedido prestado á Santana, un traje de frac, para asistir al baile de lo de Gramilla; y Santana se lo ha enviado de regalo, mandándole decir, que tenía dos, en vez de uno.

—¡Que ocurrencia! ¡Tras de estar pobre como lo está; sin crédito, tiene el valor de presentarse en una reunión como esa, con una ropa que le han regalado usada!

—Eso mismo les dije yo.

—Lo que es á mí, se me ha desvanecido la voluntad que tenía de ir al baile; porque voy á pasarlo en ascuas, con la idea de que todos puedan saber que mi hermano se encuentra en él, con ropa adquirida de esa manera.

—No Plácido, es precioso que borres esa idea de la imaginación, exclamó Ra-

Hosted by Google

quel; por que entonces, yo me quedaría sin poder lucir mi vestido esa noche.

—¡Oh! si temes por eso, no tengas el menor cuidado, que iremos, respondió aquel; pero de todos modos, está visto que Juan ha perdido la vergüenza.

—¿Y que dirías si vieras á Selva? Esa muchachuela, se halla cada día más insoportable. Mientras que yo conversaba con Juan y Margarita, se abalanzó a los pasteles y bombones de una manera, verdaderamente salvaje.

—¡Pobre criatura!... ¡con el ejemplo que tiene!

—Sábes lo que hice entonces?

—¿Que hiciste?

—La dí un tirón del brazo, y la puse en orden.

—¡Has hecho bien! dijo Plácido, al tiempo de sentarse á la mesa.

Hosted by Google

XII

Por fin, llegó la noche del gran baile en la casa de Gramilla. Juan se vestía, despaciosamente, mientras conversaba con Margarita, sobre la visita que les había hecho Raquel, dos días antes.

—!Ya ves tú, decía Leo, si tiene uno razón de sobra, para despreciar á la humanidad!

—¡No son capaces exclamó Margarita, de evitar el hambre al indigente con un pan viejo, siquiera; pero si de despojarse hasta de la última moneda, para regalar á los que como ellos, hacen ostensible alarde de su riqueza!

—¿Y que te parece el proceder de Raquel, para con Selva, con esta angelical criatura de seis años, con nuestra hija adorada?

—¿Que quieres que me parezca? ¡Negarle los bombones! ¡No darle á probar un pastelillo! ¡Huir, en vez de despedirse

Hosted by Google

de nosotros; y ni siquiera darle un beso á ese ángel!

—¡Imbéciles!, murmuró Juan, ¡no sospechan, que en sus mismas ruindades, se halla la principal fuente de mi inspiración! ¡Ellas servirán para los mejores cuadros de la novela que actualmente escribo, y que, llegar á verla terminada, es el ideal que me domina, después de tí y de mis hijos, agregó, acariciando la cabeza de Margarita.

—¡Ojalá Dios te ayude, y puedas ver realizarse tu deseo!... ¡Pero... balbuceó ésta, amargamente; el tiempo pasa, y todos creen que lo vemos deslizar impasibles; nadie se imagina que á tí pueda faltarte un humilde empleo! ¡Y la verdad es, añadió, que es horrible vivir en medio de esta lucha sin tregua, sin una base segura de dinero, personas como nosotros, á quienes nuestros iguales, y hasta nuestros inferiores, pretenden mirarnos, por ese sólo hecho, con insolente desden!

Después de un corto rato de silencio, Margarita volvió á decir:

—¡Es muy bella la gloria, Juan; pero tambien es muy doloroso recibir la torpe afrenta de los necios!

Hosted by Google

—¡Ah!... ¡que verdad tan grande es esa! respondió aquel, mientras que una nube sombría, vino á nublar su frente, en el momento en que acababa de ponerse el frac.

—No te disgustes, Juan, exclamó Margarita, dando otro giro á la conversación; que la ropa de Santana te queda perfectamente, y estás muy buen mozo; lo cual, no me agrada mucho, porque como yo no voy al baile, no faltará quien te tome por soltero.

Tan cariñosa salida, vino á dar ánimo á aquel:

—Ya es hora de irme, ¡hasta luego Margarita! dijo.

—¡Ten cuidado Juan, por Dios, con los vapores del vino!

—¡Oh!... ¡no temas!... !ya sabes que no soy vicioso!

Y ambos se despidieron con la misma ternura de dos enamorados que recien se tratan.

Hosted by Google

XIII

Cuando Juan llegó á lo de Gramilla, pudo ver que los carruajes que conducían á las familias al suntuoso edificio, erguido como un fantástico palacio de viejas leyendas, se detenían delante de la gran puerta de entrada, yendo á formar en hilera, y á lo largo de las verjas que cerraban los jardines que daban á la calle; mientras que los porteros y criados, irreprochablemente vestidos, de frac y guante blanco, los hacían entrar por turno, recorriendo una hermosa a venida, que iba á terminar, junto á las gradas de los vestíbulos que daban á los salones. Allí descendían de dichos carruages, los caballeros, damas y señoritas, quienes eran recibidos por miembros de la familia y otras personas intimas de la casa.

A Gramilla, nadie le tenía en el concepto de un artista, sino, en el de un estanciero millonario, que había tenido el

Hosted by Google

buen tino de educarse en un ambiente puramente intelectual, dentro de los límites del buen gusto; así es que, en su mayor parte, sus relaciones se componían de hombres de letras, escultores, músicos, pintores y actores de teatro; razón, por la cual, siempre que aquel trataba de hermosear una pieza de su casa con algun cuadro ú otro objeto cualquiera, no cerraba el trato, sobre la compra de éste, sin escuchar antes, la opinión ó consejo de dichos amigos.

No era de extrañarse, pues, que la casa donde se había dado cita esa noche, un nucleo verdaderamente distinguido de la sociedad de Buenos Aires, se presentase á la vista de los más habituados á una vida de principes, como una mansión maravillosa. En ella no había pieza, ni pasadizo, ni vestíbulo, cuyas paredes no estuvieran sembradas de retablos de admirable colorido, ó tapizadas con hermosos lienzos,—cuadros históricos, ó de costumbres actuales y de antaño , debidos á la brillante paleta de viejos, como también de florecientes pintores, que gozaban de fama y nombradía en diferentes partes del mundo; y en los pisos, con alfombras de

Hosted by Google

Smirna, los unos, y los otros descubiertos, luciendo el matiz de sus vetas y caprichosas figuras, se veían bellas plantas exóticas, colocadas en vistosas macetas, que parecían de lapislázuli. Luego, consolas con magníficos espejos de Venecia, de cuyos marcos de acero bruñido, arrancaban candelabros hábilmente cincelados; ó elegantes brazos, sosteniendo frascos de cristal y de porcelana chinesca, de diversos esmaltes, que rebosaban aromáticas esencias. Por otro lado, ánforas y jarrones de bronce y alabastro, atestados de flores del tiempo y artificiales.

Un juego de luz eléctrica, alumbraba todo aquel conjunto, con sus bombas de múltiples colores, artísticamente colocadas; formando estrellas, unas, y otras, pintorescas canastillas, que parecían, á la distancia, construidas de preciosa pedrería; mientras que en los jardines, se alzaban grande cascadas que brillaban en lampos de un precioso matiz.

Los muebles, de un renacimiento de distintas épocas y edades, y de diversos gustos, con sus tapices de raso color perla, bordado de realce, sus sedas pintadas, y sus flores de hilo de oro, sobre fondo

Hosted by Google

verde, rosa y celeste; armonizaban admirablemente, con las decoraciones de las paredes y cielos rasos del suntuoso edificio; á la vez que, con la soberbias bandejas, copas, jarras de oro y plata cincelada; cristalería, porcelanas de Bohemia, y una variedad de lujosos utensilios interminable, que concluian de dar un regio esplendor á los comedores y antecomedores.

En sus salas de juego, y de fumar, no se tocaba un objeto cualquiera, que no fuera una obra de arte: una fosforera que se llevase á la mano, se veía en ella, impresas, las indelebles huellas de un buril eximio.

A todo esto, había que agregar, la elegancia con que se hallaba distribuida, toda aquella magnificencia, mezclada á los relucientes atavios de las damas y señoritas, que lucían sus escotes y tocados, embalsamando, al danzar, el ambiente, con el perfume de sus cutis enpolvados, y las exahalaciones de las flores.

Los viejos y los jóvenes se sentían embriagados por esa atmósfera deliciosa.

Aquellos, gozaban, con sólo comprender las alegres expansiones de éstos; por

Hosted by Google

que les recordaba, la pasada y lejana primavera de su existencia, entre amorosos cantos, luces y flores; y los últimos, se sentían dominados, por el deseo de que esa noche de dulces regocijos, fuera interminable; sin conservar recuerdos del pasado—, por que á esa edad no bullían en su mente—; y, sin sospechar, siquiera, que llegaría un día, en que ellos también, entrarían en el triste y desolado invierno de la vida, cuando ya no se siente el aleteo de las golondrinas, que fabrican sus nidos en los tejados, ni el alegre gorgeo de los pajarillos, que saltan y vuelan, de rama en rama.

No dejaba de ser embarazoso para Juan, encontrarse en medio de un círculo de personas, que en su mayor parte, él no conocía, ni había tratado nunca, por el alejamiento en que vivía de ese bullicio incesante de paseos, teatros, bailes y recibos, que hace la alegría del corazón del gran mundo.

—¡Al fin te veo entrar por el aro, sintió que alguien le decía, por detrás, en el momento que miraba á una señora, de facciones hermosas, pero cuyos arrebatados colores, no habían podido ocultarse

Hosted by Google

del todo, bajo una fina capa de polvos; y cuya cabeza de negros y sedosos cabellos, resplandecía á la luz de los inquietos rayos de una estrella de brillantes.

—¡Hola! ¿eres tú?, exclamó Leo, reconociendo á un antiguo amigo de su familia, á uno de esos *cartilla vieja,* solterones, que son como índice de todas las cosas, y que tienen cabida en todos los salones, iglesias, casas, teatros, velorios y chismes de barrio.

—Aqui me tienes, mi estimado compañero, siempre á tus órdenes, repuso éste.

—¿Sabrias decirme; tú, que frecuentas más que yo, la sociedad, preguntó Juan, entonces; quien es aquella dama, vestida de verde, y cubierta de joyas?

—Hombre, precisamente, en otra reunión, fuí presentado á ella.

—¿Cómo se llama?

—Es la señora de Pucheri.

—¿La señora de Pucheri, dices?

—Si, ¿que no has oído hablar de ella?

—Jamás. ¿Es extranjera, acaso?

—¡Que ocurrencia! ¿Entonces tú no conoces á tus compatriotas?

—De veras que nó, á juzgar por lo que me dices.

Hosted by Google

—Pues esa dama que ves, es nada menos que hija de un distinguido caballero argentino, casada con Pucheri.

—¿Y quién es Pucheri?

—¡Oh! Pucheri, es un señor extranjero muy rico, dueño hoy de algunos millones de pesos; y puedo asegurarte, que para llegar á su presencia, hay que hacer muchos pucheros: se necesita pasar por muchas antesalas, y dar muchos campanillazos!

—¿Y esos millones, los adquirió por herencia ó por medio de su trabajo?

—¡Pues ya lo creo, que por medio de su trabajo!

—¿Que clase de negocio tiene?, interrogó Leo, con curiosidad.

—Actualmente, no lo sé; creo que ahora vive de sus rentas; peró él, como hizo su fortuna, fué introduciendo en el país algunos comestibles.

—¿Y aquélla otra de pollera color crema, que lleva un tocado de perlas?

—Esa es la esposa de otro caballero extranjero, también muy rico; es una bella argentina, hija de una honorable y pudiente familia de Buenos Aires.

—¿Tenía él ya su posición formada cuando se casó con ella?

Hosted by Google

—Sí; era un colonizador, dueño de muchas tierras en la República Argentina; y además tenía un gran establecimiento de máquinas. También ha colocado á sus cuatro hijos, perfectamente: dos se hallan en la casa de gobierno, y los otros, en un Banco de esta capital.

«!Mientras que yo, y muchos argentinos, nos morimos de hambre!» exclamó Juan, para sus adentros.

Por ese estilo, siguió la conversación, pudiendo ver éste, que aquella de las señoras que no era hija del país, casada con un europeo; era inglesa, alemana, francesa ó italiana.

El inesperado interlocutor, dejó á Juan, por un momento, para ir á saludar al dueño de la casa; y al rato, volvió á acercársele con otro sugeto, diciendo:

—Como el señor, es un gran comerciante, que desea pagar, y hacer, á la vez, un regalo á un periodista, que quiera escribir un artículo, sobre el poderoso vuelo que van tomando sus negocios; y detallar, lo mejor posible, el nuevo edificio en que acaba de instalarse; he pensado que tú podrías hacerlo; así es, que si convienes en ello, será asunto concluido.

Hosted by Google

Luego, volvió á alejarse, dejando á sus amigos solos.

Leguna, que así se llamaba el comerciante, no podría tener arriba de cuarenta anos; era alto y grueso, de naturaleza consistente; casado con una señora casi de su edad, y de la cual, no había tenido hijos; sus cabellos y bigotes, de un rojo subido, formaban un raro contraste con sus ojos obscuros, de una vivacidad extraordinaria. Nacido en Buenos Aires, había alcanzado su alta posición en el comercio, haciendo progresar, día á día, mediante provechosas especulaciones, un regular capital, que le fué legado, por sus padres, extranjeros, al morir.

Convino, por fin, con Juan, en que al siguiente día, una persona le llevaría los datos, sobre el artículo que debía escribir, y con el cual, una vez terminado, le esperaría un día ú otro, en su establecimiento de campo, donde se lo abonaria, y donde, desde ese momento, le invitaba á almorzar.

Así las cosas, se separaron, y Leo, se dirigió á donde estaba don Próspero, pensando en sus adentros:

«¡Parece que tenía razón, mi querida

Hosted by Google

Margarita; pues aunque no he hallado un empleo en este baile, he podido encontrar, quien me pague bien un artículo! ¡Ahora si me parece, que le llevaré una buena nueva á mi pobre mujer!... ¡En fin, allá veremos!... ¡soy tan desgraciado, en todo lo concerniente á ganar dinero, que bien pudiera ser, no se realizara mi negocio!»

En eso, se encontró con don Próspero.

Apénas éste le vió aparecer:

—Caballero, dijo, ¿creo que no dejará usted de hacer una crónica de esta fiesta, como nos lo ha prometido?

—De ninguna manera, señor Gramilla, usted y su hermano pueden contar con ella.

Y en seguida, sintiendo deseos de retirarse, se despidió, pretestando, que había dejado á Margarita indispuesta.

Juan abandonó el baile, cuando éste se hallaba en medio de una animacion, sin límites.

Al descender las gradas de uno de los vestíbulos que daban á los jardines, pudo ver á Rubión y á Lumbrera, que entraban del brazo.

Hosted by Google

—¡Leo!... ¿tú, por acá?... ¿te retiras?, exclamaron los dos á un tiempo.

—Sí, repuso éste, sin detenerse, como si sospechara, que aquellos dos seres, que se hacian cada día, más inseparables; fueran sus verdaderos enemigos.

Hosted by Google

XIV

Rubión y Lumbrera, no habían podido menos que extrañar, al ver salir á Juan de la casa de Gramilla; á un hombre como ese, á quien hacía unos días, lo habían abandonado ebrio en medio de un café. ¡Esto era el colmo, pues, de lo increible para ellos! ¿Como es, se preguntaban, ambos, que el dueño de casa, admite entre sus relaciones, á una persona que ha empezado á desprestigiarse de esa manera? ¿Acaso don Próspero y su hermano no lo sabrán? Pues si no lo saben, se lo diremos nosotros.

—Ya me encargaré yo, exclamó Rubión de hacer conocer á los Gramilla, las *mañas* del literato; no sea cosa que de repente, los ponga éste en aprieto, valiéndose de alguna esquela conmovedora en la que solicite dinero...

—Sí, añadió Lumbrera, es preciso desenmascararlo.

Hosted by Google

--Pero, á todo esto, ¡que espléndido está el baile! objetó Rubión, acomodándose los anteojos, al pasear su mirada por uno de los salones, y al tiempo en que trataba de ocultarse detrás de una pesada cortina, que cubría la puerta de entrada.

—¡Magnifico! exclamó aquel.

—¿Entremos, dijo Rubión?

—Para eso hemos venido, repuso Lumbrera.

Los dos amigos, habían sido invitados por una persona, ligada á la familia de Gramilla, con los débiles lazos de un lejano parentesco.

A su paso, hallaron á don Próspero, del cual se entretenían en reirse unos jóvenes, que habían formado círculo aparte; diciendo que éste no cesaba de invitar á beber á todo el mundo, hasta á los cocheros de la casa; cuando no se quedaba embobado en la contemplación del lujo que ostentaba el palacio que tantos millones había costado á su hermano, por quien sentía verdadera admiración, habiendo llegado á convertirse en pregonero de sus grandezas; agregando, que como el pobre, era un supino ignorante, no podía aspirar á otra cosa.

Hosted by Google

—¡Caballeros! dijo don Próspero, apenas apercibió á Rubión con Lumbrera.

—¿Como la pasa usted, señor?, exclamaron éstos, dándose por antiguos conocidos.

—Para servir á ustedes. ¿Que les parece la reunión? ¡Que *bagatela* habrá invertido mi hermano en todo esto, eh!

—¡Oh! ¡aqui todo es maravilloso!, respondieron los dos amigos.

Y acto continuo, Rubión, preguntó, con aire de candidez:

—¿No ha estado aqui, Juan Leo?

—Precisamente, acaba de retirarse en este momento, contestó don Próspero.

Lumbrera guiñó un ojo á Rubión, como queriendo decirle, que empezara la campaña contra Leo.

—¿Y no ha notado usted, algo raro en él, señor Gramilla?, volvió á preguntar, Rubión.

—No, dijo aquel, absolutamente nada; sin darse cuenta del objeto de esta salida.

—¡Es extraño! ¿verdad, Lumbrera?

—¡Muy extraño! repuso éste, casi maquinalmente.

—No sé que es lo que ustedes quieren decirme con todo eso, caballeros, exclamó don Próspero, abriendo la boca.

Hosted by Google

—Nada, nada, murmuró Rubión, sino qué....

—Deseariamos hacer á usted un servicio, añadió Lumbrera.

—¡Como! ¿un servicio?

—Sí señor, don Próspero, continuó diciendo, Rubión, que acababa de adivinar la idea de su amigo. ¡Figúrese usted, que, Juan Leo, ha dado en beber!...

—¿Sí?

—¡Pero de que manera!

—Pues lo ignorábamos por completo, mi hermano, y yo.

—¡Y lo peor de todo es que!...

—Hará cosas indignas... ¡vamos!...

¡Y perjudiciales!

—¿Cómo así?, interrogó don Próspero, agrandando los ojos, desagradablemente impresionado.

—Tiene la costumbre de invitarlo á uno á entrar en los cafés; donde después de embriagarse, no paga lo que se le sirve; y entonces, no hay más remedio, que responder por él, para evitar el escándalo.

—Pues todo se lo voy á contar á Fernando, para que se evite de encontrarse con él, dijo don Próspero, dándose vuelta

Hosted by Google

á mirar á Plácido, que en ese momento, aparecia, llevando del brazo á Raquel, y á una señorita; satisfecho de que Juan se hubiese retirato del baile.

Luego agregó:

—¡Que distinto es el hermano!.... allá va, precisamente. Es todo un caballero; se ha labrado una buena posición á fuerza de trabajo, además de haberse casado con una mujer rica; y puedo asegurar á ustedes, que cuando bebe, no se le conoce.

—Otra cosa, tambien, señor don Próspero, debemos prevenir á usted, respecto del mismo sugeto, digeron, Rubión y Lumbrera, interrumpiéndolo.

—¿Cúal?

—¡Que Leo, como toda persona pobre, á quien domina ese vicio, puede llegar á comprometer á ustedes, solicitándoles algun dinero!

—¡Pues me alegro saberlo! ¡Ya nos pondremos en guardia!, exclamó aquel; y tan es así, que mañana mismo, le escribiré, diciendo que no publique la crónica de esta fiesta, como me lo había prometido.

—¡Hará usted, perfectamente!

Hosted by Google

—Sí; porque un artículo de esa naturaleza, que se debe escribir, desinteresadamente, puede llegar á costarnos muy caro, si se le ocurre al autor, cada vez que se halle mal de la cabeza, creernos obligados, en agradecimiento, á favorecerlo constantemente con nuestra bolsa.

Don Próspero, Rubión, y Lumbrera, á una invitación del primero, pasaron á uno de los comedores, para servirse un poco de vino.

—¡A qui estamos bien! dijo aquel, obligando á tomar asiento, á sus improvisados contertulianos, en un sitio solitario.

Don Próspero, tendría unos sesenta y cinco años; y todo él, era una especie de títere, que en un continuo movimiento, se afanaba en prodigar melosas cortesias; y á quien tan pronto le relampagueaban los ojos, como se le adormecian, ó se mordia los labios, cuando encontraba al paso á una muchacha, por fea que fuese. Y en medio de sus más urgentes ocupaciones, se le podia ver en la calle, ir haciendo zic zac, de vereda á vereda, para decir á todas las que veía, algunos piropos y frases como estas: «¡qué mirada tan

Hosted by Google

arrebatadora!» ó bien: «¡adios ángel de alas de oro!»

—No necesitamos llamar á criado alguno, volvió á decir don Próspero; nosotros mismos nos serviremos, y de ese modo, nadie se impondrá de nuestra conversación.

Luego destapó una botella de champañe, con suma habilidad y delicadeza, casi sin ruido; y rebosó las copas, del espumoso liquido.

Los tres, las llevaron ansiosamente á la boca, á un mismo tiempo,

—¿Que les parece á ustedes este vino?, exclamó en seguida.

—¡Soberbio! respondió Lumbrera.

—¡Delicioso! añadió Rubión, presentándole su copa vacía, para que se la llenase de nuevo.

—¡Buen compañero! murmuró entre dientes, don Próspero, mirando, de hito en hito, á Rubión.

—¡Y esto, no es nada! dijo Lumbrera, ¡ya verá usted, más adelante, cuan fuertes somos sus amigos!

—¡Me complazco en ello!... porque, á decir verdad, ¡que diablos!... ¡á mi también me agrada, de cuando en cuando,

Hosted by Google

echar una cana al aire!, exclamó don Próspero, con ingenua sonrisa.

A medida que se iba animando la conversación, seguian haciendo saltar uno tras otro los tapones de botellas.

Así continuaron, hasta que don Próspero quiso abandonar su asiento por un momento; pero, no pudiendo tenerse de pié, resbaló, y fué á dar de espaldas sobre un cristalero, sin que, felizmente, el ruido que produjo el choque, llamara la atención de nadie.

Rubión, que se encontraba tan pesado como él, quiso correr en su auxilio; pero tambaleó, y no pudo levantarse de su silla; mientras que Lumbrera, sin poder, tampoco, casi sostenerse, no atinó á otra cosa, que á huir por uno de los pasadizos, que iban á dar al jardin.

Por fin, don Próspero, sin perder del todo su razón, se tomó del brazo de Rubión, y dijo:

—Vamos á mi habitación; tengo dos camas en ella; usted se acostará en una, y yo en la otra; porque, la verdad es, mi amigo, que los dos estamos un poco achispados!

Hosted by Google

XV

Al otro dia, Juan recibia una atenta carta de Leguna, con los datos y demás anotaciones, referentes al artículo que aquel debia escribir, diciéndole entre otras cosas, que esperaba tener el gusto de verle muy pronto por su casa de campo.

—¿Qué te parece Margarita?, exclamó, enseñándole un rollo de papeles.

—¡Que suerte! dijo ésta, con alegria. ¡Dios quiera que ese hombre, remunere tu trabajo, como es debido!

Apénas Juan comenzó su tarea, cuando Talca lo interrumpió, para entregarle una esquela, y varios periódicos que acaban de llegar por correo.

Todos ellos, contenian elogiosos, cuanto desapasionados juicios críticos de algunos renombrados literatos, sobre un folletin que Juan acababa de escribir, en un importante periódico; aunque, sin obtener en cambio, la menor recompensa.

Hosted by Google

—¡Siempre viviremos en un mundo de ilusiones, y nada más!, murmuró Margarita, tristamente.

—¡Que se va á hacer!, dijo Juan, tomando la pluma para continuar su artículo.

No habia trascurrido media hora de ésto, cuando Talca volvió á presentarse, trayendo otra carta.

Margarita la abrió, y luego se la alcanzó á aquel para que la leyera.

Juan, despues de imponerse del contenido, se quedó perplejo.

—¿Alguna mala nueva?, preguntó Margarita?

—No del todo, pero, en fin....

—¿Quién te escribe?

—Don Próspero Gramilla.

—¿Qué dice?

Juan leyó:

«Caballero Leo: Será inútil que escriba usted la crónica sobre la fiesta que tuvo lugar anoche en casa de mi hermano; porque éste, ha resuelto dejar eso, á la espontaneidad de algunos periodistas.»

—¡Qué cambio tan repentino!, exclamó Margarita.

Hosted by Google

La mirada de Juan se puso torva, y su semblante palideció de súbito.

—¿En qué piensas, volvió á interrogar ella con cierta zozobra?

Juan nada respondió, tomando de nuevo la pluma; pero en ese momento, acababan de acudir á su mente, las imágenes de Lumbrera y Rubión, á quienes ya habia cobrado una aversión profunda, sospechándolo todo de ellos.

Margarita, se quedó desconsolada, porque Juan no habia contestado á su pregunta.

Éste, trabajó sin descanso, hasta dar fin al artículo. Despues que ordenó sus páginas, para entregárselo á Leguna al siguiente dia, fué á sentarse en un diván, junto á aquella.

Conversando, en seguida, sobre vários temas, se le ocurrió á Margarita, exclamar de pronto.

—Tengo para mi la creencia, que la falta de trabajo que tanto te preocupa y desconsuela, lo mismo que á otros pobres hijos de este país, sólo es debida, Juan á la idea que ha dominado siempre á tus compatriotas, como suele decir Santana, y la cual, consiste, en que no se tienen,

Hosted by Google

entre sí, como los hombres de otras naciones, verdadera confianza en sus aptitudes, llegando en su error á suponer mejor predispuestos que ellos, para toda labor, á los europeos; á desecharse los unos á los otros, y á reconocer en un inglés, por ejemplo, mayor exactitud y constancia para el cumplimiento de sus deberes, que en un criollo.

—Es cierto que existe en ellos arraigada esa creencia que les atribuye nuestro querido é inteligente amigo, repuso Juan, pero ella es infundada, como podría probarse con ejemplos como estos: Un caballero argentino, que hoy tendrá uno cincuenta y cinco años; de honorable familia; siendo muy joven aún, pasó una noche de horrible tormenta en medio del campo, soportando una lluvia torrencial, con el agua hasta las rodillas, cegado por la luz de los relámpagos y ensordecido por el estruendo de los rayos; sin otro motivo que el de tener la satisfacción de salvarle una oveja á su patrón, que por la tarde había quedado rezagada, al entrar la majada en el redil! Y otro, añadió Juan, á quien, como al primero, he tenido la oportunidad de conocer, entró á la edad de

Hosted by Google

diez años, como dependiente en una casa de comercio inglesa. Allí vió deslizar su juventud en medio del trabajo diario; luego se casó y formó su hogar. Cuando hubo llegado á los treinta y cinco años; cuando ya hacía un cuarto de siglo que venía dando pruebas á su patrón de una constancia, laboriosidad y honradez ejemplares, éste cerró su negocio, vendió las tierras y casas de su propiedad, y llevando consigo un respetable caudal de sus ganancias, embarcóse para Europa. El día de la partida, aquél lo acompañó hasta el antiguo muelle de pasajeros, y al despedirse de su único patrón que tuviera hasta entonces desde la niñez, éste, en el momento de subir al bote que iba á conducirlo á bordo, le dijo en tono indiferente: «¡Adios, amigo!.... ¡felicidad!» Y el ex-dependiente quedóse ensimismado, con la mirada extraviada cual la de un loco melancólico, y con las manos metidas en los bolsillos exhaustos del pantalón, viéndolo alejarse mientras le parecía sentir llegar á sus oídos el triste clamor de su esposa y de su hijos, á quienes sólo les había quedado en su casa, ese día, algunos cobres—débiles restos del último mes

Hosted by Google

de sueldo,—que el infeliz recibiera del mencionado comerciante inglés con la rigurosa exactitud de un cronómetro!

—Yo recuerdo haber oído hablar de eso á mi padre, observó Margarita.

—¡Sin contar, prosiguió Juan, que cuando un bribón se permite dar forma de verdad á la más leve sospecha, que ha adquirido infundadamente, sobre una mala acción ó reprochable cualidad moral de un sugeto, aquélla va agrandándose al correr de boca en boca, hasta que, abultada del todo, llega á tomar las proporciones de una justa difamación ante las personas de quienes éste podría esperar un empleo ó un beneficio cualquiera, mientras que ella no pasa de ser una vil calumnia que, por último, ó logra convertir á dicho individuo en mísera presa de la deshonra, ó consigue amargarle la existencia hasta producirle la muerte!

—¡Y sinó, exclamó aquélla, que lo digan tantos desdichados que se hallan en ese caso, y entre ellos aquel que nosotros conocemos, que, siendo como lo es, un militar pundonoroso y de ejemplares servicios, ha sido envuelto por tales intrigas, que, á pesar de los ascensos que se otor-

Hosted by Google

gan en el ejército, el Gobierno ha llegado á olvidarse de él, dejándolo á un lado con el mismo grado que se le confió hace nada menos que once años!.... lo cual no sucedería en otros países.

—No hablemos más de nuestras miserias, porque sería cosa de nunca terminar, dijo Juan. *En todas partes se cuecen habas....* ¡y tan es así, mi querida Margarita, agregó, que ya verás tú cómo va á cerrar la Francia su capítulo de este siglo, titulado Dreyfus, en el libro de su hermosa historia!

Hosted by Google

XVI

Nadie podía cencebir que Rita Telémaco de Sajón, joven y hermosa dama, amiga de Margarita desde la época del colegio, fuese casada con un hombre de tan desagradable fealdad como lo era su marido don Sergio Sajón, aun suponiéndose la interesada en la riqueza que éste poseía desde antes de conocerla, y que había adquirido prestando dinero, con un diez ó doce por ciento de interés mensual, á empleados y pensionistas de gobierno.

Volteriana era el nombre de una hija de dicho matrimonio, niña de siete años, destructora infatigable de los sombreros, abanicos y bastones de las personas que iban de visita. Además, sus malos instintos la obligaban á ser tan pendenciera, que muchas veces estuvo á punto de sacarle un ojo con una tijera á una chicuela casi de su edad, huérfana ya de padre, y cuya madre, al mo-

Hosted by Google

morir, la había entregado á Rita para que ésta la educase é hiciera las veces de ella. Pero nada de extraño había parecido á la familia de Sajón que, en vez de un ojo, casi le hubiera sacado los dos; porque cuando Volteriana daba de arañazos á su pequeña sirviente, ó le arrancaba á tirones los cabellos con sus manecitas de hojas de rosa, esto hacía gracia á don Sergio y á su esposa, que les parecía ver en aquélla á una matrona encolerizada.

Lo mismo sucedía cuando la niña mostraba á la huerfanilla sus ropas nuevas, sus zapatos de fina cabritilla y sus lindas muñecas:

«¡Mi vestido es mejor que el tuyo! ¡Yo tengo zapatos y muñecas, y tú no tienes!», decía.

Entonces, la chicuela sirviente inclinaba su cabecita tristemente, sin responder; pasaba su vista por su andrajoso vestido y sus piés descalzos, y pensaba que ella no tenía papá ni mamá que la regalasen todo eso.

Don Sergio, que se había retirado de los negocios, vivía de sus rentas; lo habían querido hacer concejal sus convecinos; pero él había rehusado la proposi-

Hosted by Google

ción, porque todos los días oía decir que los concejales eran unos jumentos, y no deseaba que se le tuviera en el número de ellos; tampoco había querido aceptar una diputación por no pasarlo papando moscas, como tantos otros representantes del pueblo, ni levantándose de su asiento cuando los más se pusieran de pie en el sagrado recinto de la patria. Así, pues, mientras que su esposa sólo se ocupaba de la moda, de paseos y visitas, él pasaba una parte del día entretenido en leer los diarios, sin llevar jamás á sus manos un libro útil; y la otra en renegar del servicio de su casa, en baquetear á la mucama para que barriera y repasara bien los cristales; en hacer la limpieza de alguno que otro mueble ó espejo de su predilección, personalmente, porque no tenía fe en la proligidad de los demás; y en recorrer sigilosamente, de cuando en cuando, la cocina para inspeccionar con sus propios ojos las cazuelas y budineras; cuidando á la vez de que el cocinero no echase en una cacerola un puñado de arroz ó fideos de más, al preparar la sopa; ó quemase alguna batata; todo esto mientras que las personas íntimas de su rela-

Hosted by Google

ción se preguntaban cómo podría durar más de dos días un sirviente, soportando las tacañerías de Rita y de don Sergio, porque ella también hacía lo mismo.

Pero el hecho era que los tales sirvientes duraban meses y años, y si algunos llegaban á ser despedidos por sus patrones, volvían á entrar un tiempo después en la casa, complacidos y con las caras risueñas; sin contar que, á la hora de servir la mesa, se les iban los ojos por los guisados, frutas, pastas y dulces, que jamás se les permitía probar; así es, pues, que todos, andaban como aves de rapiña, disputándose con la mirada los restos de comida que en cada plato dejaban las personas extrañas; y aun éstas mismas veían desaparecer, de repente, de sobre la mesa, sin darse cuenta, algún manjar intacto, mediante una disimulada seña de Rita; porque ésta y don Sergio pensaban que era una lástima darlo á probar á extraños, los cuales no podrían apreciar su sabor ni su mérito en medio de la conversación y la jarana, mientras que, comiéndolo ellos solos, en familia, á la hora del almuerzo, por ejemplo, hasta podría durarles un día más; de todos mo-

Hosted by Google

dos, también, ya habían logrado su propósito, que era el de abultar la comida haciendo alarde de un nuevo plato á los ojos de la visitas.

Todos criticaban que las piezas y vestíbulos interiores de la casa se hallasen convertidos, generalmente, en pequeños talleres de costura; porque Rita siempre tenía algún pretexto para hacer trabajar á sus amigas, apenas entraban. Así es, que á la que no se la veía empuñando una tijera para cortar los moldes de un vestido de ella, se la veía poniendo un festón á una enagua de la pequeña Volteriana, ó bien ayudando á bordar unas zapatillas para sorprender á don Sergio en el día de su cumpleaños.

Además, sus mismas amigas y otras personas que la censuraban eran las primeras en rendirla toda clase de homenaje cuando llegaba el caso, por temor á su lengua, que nunca estaba quieta en tratándose de revolver y escudriñar los defectos de los hombres ó mujeres más reservados, para luego hacerlos conocer, con cierto aire de inocente indiscreción, en el seno de sus relaciones.

Margarita, que había quedado sola, por

Hosted by Google

que Juan había tenido que irse al campo en uno de los trenes de la mañana, para entregar á Leguna el artículo; con la firme intención de regresar á las primeras horas de la tarde, recorrió en su imaginación las casas de familia de su amistad, con el propósito de encontrar una que le conviniera, para ir, mientras tanto, á pasar el tiempo; y pensando en la de Rita; ya preparada y decidida á almorzar con ésta, reflexionó: «Sería cosa de no poderse vivir en contacto social, si se fuera á hacer caso de los defectos morales y malos procederes de ciertas personas en este mundo; así es, que no me queda otro remedio que el de soportar á Rita sus ruindades, por tal de tener una casa más á dónde acudir, las veces que, como hoy, me siento abatida en medio de la soledad.»

Cuando Margarita, seguida da Talca, entró con Selva en lo de Rita, ésta se hallaba ocupada en probarse una gorra que le había traído la modista, mientras que don Sergio limpiaba con polvo de ladrillo una medalla de cobre, que, entre otras, había sido repartida por un centro industrial, quince ó veinte años antes.

Hosted by Google

—¿Tú por acá, Margarita?, exclamó Rita alegremente, al verla.

—¿Supongo que vendrá usted á almorzar con nosotros?, interrogó á su vez don Sergio con agrado, al tiempo que se dirigía á su escritorio para guardar la medalla y mientras que Rita, sin darla tiempo á responder, añadía:

—Has hecho bien en venir, porque casualmente hoy estamos solos y podremos charlar íntimamente.

Más tarde, cuando hubo llegado el momento de sentarse á la mesa, Rita abandonó el comedor, y llamando á Talca aparte, le puso en la mano dos galletas duras, diciéndola:

—Toma esto, por si no alcanzara para tí la comida en la cocina.

Hosted by Google

XVII

Cuando Rita volvió á la mesa, apareció un caballero correctamente vestido, de unos cuarenta y dos años, de regular fisonomía y elegantes maneras. Llamábase Nerón Terraza, y todos sabían que éste cifraba su único orgullo en la alta alcurnia de la familia á que pertenecía. Miraba como un simple adorno todo aquello que fuera obra de la inteligencia; así es, que, para él, los libros con que los grandes escritores contribuyen poderosamente á la civilización y cultura de las masas sociales, no eran otra cosa que simples relumbrones, sin ningún efecto real ó positivo, sin el menor provecho. Sus precauciones, aparte de un riguroso método en sus costumbres, llegaban á tal extremo, que cuando el tiempo amenazaba lluvia, salía á la calle con dos paraguas, para que en caso de que el viento le destrozase uno, pudiese utilizar el otro; y cuando

Hosted by Google

pensaba hacer un viaje, en tren, por ejemplo, se dirigía tan anticipadamente á tomarlo, que una vez que tuvo el compromiso de asistir á un almuerzo campestre, debiendo partir el ferrocarril á las seis de la mañana, él llegó á la estación, echando los bofes, á las cuatro de la madrugada, cuando el cielo estaba todavía estrellado y los faroles de la calles encendidos. Como este colmo de precaución no le había permitido cerrar los ojos en toda la noche, pronto se quedó dormido, vencido por el sueño, en uno de los largos bancos del andén, hasta que allá, á las cansadas, á un guarda que acertó á pasar junto á él se le ocurrió despertarle.

«¿Ha salido ya el tren de las seis?», preguntó Terraza, con cara de idiota.

«¡Son las ocho de la mañana!», repuso el guarda, y, siguiendo su camino, agregó:

«¡Por lo que se ve, señor, usted hoy se ha levantado dormido!»

Terraza también era muy distraído, pues había días que acudían á su casa cuatro ó cinco sirvientes de varias familias de su relación, donde había estado la noche anterior de visita, con el solo objeto de llevarle, de parte de éstas, el bastón, la

Hosted by Google

fosforera, el pañuelo, la cigarrera y los anteojos, que solía dejar olvidados.

Si llegaban á verle sus amigos en profundas cavilaciones, creían que trataba sobre la solución de complicados problemas; sin contar con que se lo pasaba algunas veces mirando el cielo, como ensimismado en risueño siderismo, saliendo de repente de su abstracción para decir á cualquiera que tuviese á su lado:

«¡Allí vuela una mosca!», ó bien:

«¡Aquel perro acaba de alzar la pata!»

Tenía, sin embargo, una memoria privilegiada para dar, á pesar de un largo tiempo transcurrido, con el sitio donde dejara un objeto cualquiera, por insignificante que éste fuera.

Por lo demás, sabía vanagloriarse de ser el hombre más honrado del mundo, cuando no concluía por decir que era un verdadero esclavo del deber; y si hacía un servicio insignificante, lo revestía ante los demás de los caractéres del más noble sacrificio, apareciendo como una víctima de su favorecido, digna de la compasión de todos.

Después que Rita hizo que le colocaran un cubierto en la mesa, aquél, al to-

Hosted by Google

mar asiento, exclamó con aire de satisfacción:

—Pues, señores, yo he repartido y aprovechado muy bien mi tiempo hoy. La mañana estaba tan hermosa, cuando me levanté, que no pude menos que dedicarla á cumplir con algunos amigos: pasé por lo de Lumbrera; pero, como no le encontrase, me demoré un rato conversando con Felta.

—¿Con la hermana?, interrumpió Rita.

—Precisamente.

—¡Qué interesante niña es esa!

—¡Es muy bella!, añadió Terraza, continuando:

—De allí pasé á saludar á una señora amiga que llegó ayer de Montevideo y después fuí á hacer una visita á Santana, el cual, dicho sea de paso, se encuentra enfermo.

—¿Enfermo?, preguntó Margarita sorprendida.

—Sí, señora, repuso aquél, y sonriéndose irónicamente:

—Creo que de esta vez se le quitará el ánimo por mucho tiempo, añadió, de molestar á las musas del Parnaso para escribir después esa sarta de tonterías

Hosted by Google

con que él y otros de su gremio inundan los *papeles* de esta capital.

Margarita, aunque conceptuó esta salida de una ordinariez sin ejemplo; mordiéndose los labios, por la parte que le tocaba á su esposo, volvió á preguntar:

—¿Y desde cuándo está enfermo?

—Desde el día en que por la noche tuvo lugar el baile en lo de Gramilla.

Don Sergio, que mientras tanto se había levantado de la mesa, volvió al rato trayendo la medalla, y se la enseñó á Terraza.

—¿Es alguna condecoración?, interrogó éste.

—Para mí, es como si lo fuera, amigo mío; es un verdadero hallazgo que he conseguido hacer hoy, mientras arreglaba unos papeles que tenía olvidados en un cajón del escritorio. Como puede ver usted, pues, es una medalla conmemorativa de la fundación de un centro industrial, al cual yo pertenecí hace la friolera de unos veinte años; la he limpiado con polvo de ladrillo, y aquí la tiene usted flamante, como si fuera recién acuñada; pero tal vez hubiera quedado mejor aún pasándole otra clase de polvo.

Hosted by Google

—¡Es admirable la prolijidad que usted ha empleado en limpiarla!, dijo Terraza demostrando una viva sorpresa, aunque interiormente fastidiado de la simpleza de su amigo.

Don Sergio colocó la medalla sobre la mesa, á su lado, y la casualidad quiso que, al alcanzarle la mucama un plato de estofado, ésta tropezase en la silla y lo volcara encima de aquélla, bañándola con la salsa.

—¡Estúpida! ¡Mi medalla!, gritó don Sergio, abriendo los ojos lleno de ira.

—¡Ten prudencia, Sajón!, exclamó Rita, ¿no ves que Clavelina ha tropezado?

—¡Ya tengo un buen rato de trabajo perdido! ¡Tan brillante que la había dejado! ¡En fin, balbuceó abandonando de nuevo su asiento, vamos á guardarla para hacerle otra limpieza mañana!

El almuerzo tocó á su término, lleno de animación de parte de todos, menos de Margarita, que pensaba con cierta tristeza en cómo le habría ido á Juan y en la enfermedad de Santana, á quien aquél estimaba tanto.

Llególe al cabo el momento de reti-

Hosted by Google

rarse, y. al llamar á Talca, ésta se presentó pálida y ojerosa.

—¿Qué tienes?, la interrogó Margarita.

—Nada, señora, repuso la muchacha con aire desfalleciente y tratando de reprimir un bostezo.

En eso, dijo de pronto don Sergio, dándose una palmada en la frente:

—¡Estaba pensando que tal vez fuera mejor la tiza que el polvo de ladrillo, para limpiar la medalla!

Terraza se sonrió, después de hacer esfuerzos por contener una carcajada.

Ya eran las tres de la tarde cuando Margarita se despidió.

Apenas se vió ésta en la calle, Talca, acercándosele respetuosamente, exclamó con sigilo, como si temiera que á esa distancia Rita pudiese escucharla:

—¡Hoy no he almorzado, señora!

—¡Qué dices!, ¿no has almorzado?

—No, señora; ¡un poco de carne cocida sólo alcanzó para dos sirvientes de la casa!

Hosted by Google

XVIII

El viaje de Leo á lo de Leguna tuvo lugar sin ningún contratiempo para él. Durante su trayecto en el tren, al pasar por ciertos sitios pintorescos, no había dejado de pensar en Margarita, y, á cada paisaje campestre que se presentaba á su vista, mientras venía á refrescar sus sienes la brisa perfumada por el suave aroma del tomillo y la retama, reflexionaba sobre lo bien que sentaría á Juancito y á Selva ese aire puro del campo que él aspiraba ahora; y ya, en su imaginación, les veía andar por entre los zarzales, á la caza de algún jilguero de cabeza negra; ó correr, montados en lindos petizos, á las ovejas y cabras que pastaban á su libre albedrío; ó juntar flores silvestres á la orilla de las lagunas, ó treparse á las tapias de los cercados, ó subir á las más altas ramas de los árboles en busca de algún nido.

Hosted by Google

Una vez que llegó á la estación, no le faltó quién le indicara al momento dónde estaba situado el establecimiento de Leguna. Aquél era una hermosa cabaña que se destacaba desde una verde y empinada loma, festoneada de altos álamos.

Juan había tenido que recorrer á pie, para llegar á ella, una distancia de quince cuadras, próximamente. Cuando estuvo delante de la tranquera, Leguna, que se hallaba á caballo como á unos cincuenta metros de allí, de un corto galope se acercó á recibirlo.

—¿Y? ¿Me trae usted eso?, fué lo primero que preguntó.

—De otra manera no hubiese venido, repuso Juan enseñándole los papeles.

—¡Entonces ha cumplido usted con su palabra, señor Leo! Después que recorramos todo lo que hay que ver por acá, me mostrará el artículo, y en seguida almorzaremos. ¿Qué le parece á usted mi proposición?, agregó.

--¡Perfectamente!, respondió aquél, caminando al lado de Leguna, que se había desmontado y llevaba tirando de la brida al caballo.

Aquello no era una simple cabaña, co-

Hosted by Google

mo parecía á primera vista. Del otro lado de la casa se extendía un magnífico parque con alamedas, jardines de valiosas plantas, y costosos invernáculos atestados de una variada colección de flores caprichosas, cuyos tallos descansaban en artísticas macetas elegantemente distribuidas.

Más allá, veíanse inmensos galpones del mejor pino de tea, poblados de cueros de animales vacunos y lanares, prolijamente acondicionados para la venta en plaza.

A corta distancia de éstos había un tambo, construído con las mayores comodidades, en medio de un aseo incomparable. Después, una chanchería, con sus máquinas, tomadas de los modelos más perfeccionados, para beneficiar la factura.

Enfrente, se alzaba un inmenso horno para la fabricación de ladrillos, atendido por sus correspondientes capataces, y en el que trabajaban innumerables peones.

Luego, como á unos ciento cincuenta metros, se percibían tres grandes rediles: uno destinado al ganado vacuno, otro para las ovejas y otro para la caballada.

«¡Qué fortuna tendrá este hombre!.... ¿qué me dará, para corresponder á mi trabajo?», se decía Juan suspirando.

Hosted by Google

—¿A qué hora piensa regresar usted á la capital?, preguntó Leguna.

—Yo deseo partir en el tren de la una, para estar allá á las tres.

—Bien, exclamó aquél mirando su reloj; ahora son las once menos un cuarto; vamos á mi escritorio, con eso me lee usted su trabajo; después pasaremos á almorzar, y en seguida le acompañaré á usted hasta la estación.

Aquella pieza, como el resto de la casa, estaba espléndidamente amueblada, y en todas se advertía un exquisito gusto: estátuas de bronce y de mármol, de buenos escultores; cuadros al óleo, elegantes mesas para juego, ricas y mullidas alfombras, lujosos adornos, hermoso piano de cola y una infinidad de objetos de arte en miniatura, esparcidos aquí y allí discretamente y con elegancia.

Juan comenzó la lectura de su artículo.

—¡Muy bien! ¡bravo!, exclamaba Leguna, entusiasmado á la terminación de cada párrafo.

—Este artículo, volvía á decir, lo voy á hacer publicar, mañana mismo, en un periódico de la localidad.

Le parecía tan admirablemente des-

Hosted by Google

cripto todo en él, que hubo un momento en que llegó á creer que Leo había conocido de antemano, personalmente, su establecimiento.

Cuando éste concluyó la lectura, aquél le estrechó entre sus brazos diciendo:

—¡Ya sabía yo que usted era una brillante pluma! Ese trabajo no tiene precio; y como nada hay que baste á pagar lo que no tiene precio, me parece que sería ofender á usted darle en recompensa una suma de dinero, como lo tenía pensado al principio; así, pues, he resuelto hacer preparar una pequeña factura, confeccionada aquí en casa, para que la lleve usted á su familia como una prueba de la intimidad con que merece usted ser correspondido.

Juan sintió que el corazón se le helaba; quiso replicar, pero se le anudó la garganta; en cuestión de negocios, era *hombre al agua,* como vulgarmente se dice; y, como verdadero artista, no había nacido para especular: prefería, por eso, siempre, perderlo todo, aun con sacrificio de su parte, por más necesitado que se hallase de dinero, antes que proferir una palabra en defensa de sus derechos; porque esto

Hosted by Google

le avergonzaba tanto como si cometiera un acto indecoroso.

—Está bien, señor, balbuceó con aire meditabundo.

Leguna, á quien en los tratos comerciales le sobraba penetración, comprendió al momento hasta dónde llegaba la debilidad de carácter de Leo, y se propuso explotarlo á su antojo. Acostumbrado, por otra parte, á sacar partido de todo, y frío ante los lamentos de aquel á quien sacrificara en su provecho, dijo, sin parar su atención en el disgusto que demostraba el semblante de Juan, al tiempo de darle una suave palmada en el hombro:

—Pasemos al comedor, mi amigo; el almuerzo nos espera.

—Pasemos, dijo éste maquinalmente, y siguió á Leguna, triste y pesaroso como si se encaminase á un sacrificio.

La señora de Leguna los esperaba, ya sentada á la mesa. Era una dama bastante vulgar, aunque de bellas facciones; de formas un tanto exuberantes y de aspecto indolente.

—El señor, Josefa, dijo aquél, dirigiéndose á ésta, es un escritor de bastante talento y tiene un tino especial para des-

Hosted by Google

cribir las cosas; ¡figúrate que, sin haber visto jamás nuestro establecimiento; por sólo los datos que le entregué en la capital, ha hecho de éste una relación admirable! Si el alto comercio le conociera, estoy seguro que le asignaría una buena renta, como redactor de sus artículos propagandistas.

Juan se inclinó, involuntariamente, en señal de cortesía.

El almuerzo, si no fué de lo mejor, tampoco dejó mucho que desear.

Una vez que á Juan le llegó el momento de partir, Leguna ordenó á un peón que ensillara dos de los mejores caballos, dirigiéndose luego á la chancheria, desde donde, al cabo de un rato, volvió trayendo un pequeño bulto.

—Los caballos están prontos, dijo á Leo, que conversaba en ese momento con la señora.

—¿Usted viene conmigo?, preguntó éste, mirando casi distraídamente á Leguna.

—Sí, caballero, voy á tener el placer de acompañar á usted hasta la estación, como convinimos anteriormente.

—¿Nos iremos, entonces?

Hosted by Google

—Me parece conveniente, porque de otro modo perdería usted el tren.

Juan se despidió de la señora Josefa, indiferentemente, y luego subió al caballo que le tenía el peón de la brida, mientras que Leguna montaba en el suyo. Cuando el rico negociante estuvo cerca de Juan, exclamó, entregando á éste el envoltorio que acababa de traer:

—Señor Leo, esto es lo que prometí á usted hoy, para que lo pruebe en compañía de su esposa de usted.

—Está bien, repuso Juan, dándole las gracias con cierto fastidio.

Taloneó en seguida al animal y se puso en marcha, con su atado debajo del brazo, mientras Leguna seguía á su lado.

La señora Josefa se quedó en la tranquera, viéndolos alejarse hasta que se perdieron de vista entre la nube de polvo que levantaban en su galope los caballos y los perros de la casa, que corrían tras de ellos.

Cuando ambos llegaron á la estación, faltaban apenas cuatro minutos para que el tren saliera.

«¡Si no fuera que este boleto me sirve para regresar, no sé cómo me vería ahora,

Hosted by Google

sin un solo centavo en el bolsillo!», exclamó Juan para sus adentros.

La locomotora hizo oír su último silbato, y éste, estrechando la mano de Leguna, con una frialdad que no pudo reprimir, se despidió y fué á ocupar un asiento en el coche más inmediato, al mismo tiempo que el convoy partía.

Hosted by Google

XIX.

Eran las tres y media de la tarde, poco más ó menos, cuando Juan, de regreso de su viaje, caminaba por las calles de la capital en dirección á su casa, llevando el envoltorio que le diera Leguna.

Aguijoneado por el deseo de fumar un cigarro, echó mano á uno de sus bolsillos y sacó á relucir el único que le había quedado; pero, como no llevase fósforos, se detuvo delante de un almacén á cuya puerta se hallaba su dueño, un europeo á quien conocía de vista, y el cual gozaba de una fortuna adquirida en la capital argentina, donde también había formado su familia.

—¿Querría usted tener la bondad, dijo, de facilitarme una cerilla para encender el cigarro?

El comerciante minorista le volvió la espalda, y luego, cruzando las manos atrás:

Hosted by Google

—¡Aquí se venden los fósforos, pero no se regalan!, repuso. (1)

Juan, que al recuerdo del proceder de Leguna—proceder considerado por él de todo punto indigno—venía sintiendo en su corazón algo como el peso de una montaña que le cortaba la respiración y le oprimía, no pudo recibir impasible esta respuesta, y, montando en ira, increpó al almacenero. Pero éste no tardó en llamar á un vigilante de policía que se hallaba de facción en la esquina inmediata, con el cual le hizo conducir preso como promotor de escándalo.

En vano Juan pretendió protestar diciendo que era víctima de un atropello inaudito; porque no hubo forma de que se escuchasen sus observaciones: para eso no tenía testigos que salieran en su defensa.

Allí, según la conciencia del mismo agente de seguridad, el hombre á favor del cual debía inclinarse la balanza de

---

(1) El autor ha tenido la oportunidad de presenciar este hecho, de una ruindad y descomedimiento sin ejemplo, á su juicio, y por eso lo consigna aquí como verdadero.

Hosted by Google

la justicia, era aquel á quien el capital de su negocio le ponía por sí solo á salvo de toda responsabilidad moral.

Una infinita tristeza se apoderó de Juan, apenas entró en la comisaría.

Las paredes de la pieza á donde fué conducido para prestar su declaración se hallaban manchadas de verdosas escupiduras de yerba que arrojaban los empleados, al descuido, mientras tomaban mate, y á las que se veían mezcladas negras manchas de tinta. El entablado del piso, cubierto de lamparones y polvo, como si nunca se hubiese pasado una escoba por él, hacía juego con una mesa escritorio mugrienta, la cual parecía haber sido comprada en algún cambalache, y en cuya cubierta, poblada de libretas rotas y deshojadas, no había un sitio en que no se viera una inicial ó una marca, debido á los afilados cortaplumas con que algunos desocupados se habían entretenido en mutilarla.

Sentado á ella podía verse á un escribiente, mozalbete como de unos veintidos años, mezcla de *compadrito* y de persona que quiere civilizarse.

Éste copiaba un escrito en el momento

Hosted by Google

en que Leo apareció con el vigilante.

—Aquí traigo á este hombre preso, dijo el último con desprecio.

El escribiente hizo todo lo posible por levantar la cabeza con la arrogancia que lo haría un ministro; pero no pudo, porque no le dió para tanto su refinamiento, y alzó del papel los ojos como un guaso mohino, ya acostumbrado á hacer uso en su pequeña esfera de un vil despotismo, como convenía, según se lo habían enseñado sus jefes superiores para hacer observar del público el mayor respeto posible y poder mantener el orden y disciplina necesarios en el servicio interno de la comisaría.

—¿Por qué lo trae?, preguntó dirigiéndose al agente, después de mirar á Leo de arriba á abajo.

—Por desorden.

—¿Quién lo manda?

—Don Froilán Cobijas, el almacenero.

—¿Y dónde está don Froilán?

—No tardará en venir, y él le referirá á usted lo que ha sucedido.

—Está bien, vuelva usted á su parada, dijo el escribiente, inclinándose para pro-

Hosted by Google

seguir su tarea, sin mirar á Juan y sin ofrecerle un asiento.

Éste, de pie, con el sombrero en la mano, exclamó respetuosamente:

—Señor, desearía que usted tuviera la bondad de escucharme un momento, con eso le hago conocer el incidente por el cual se me ha traído.

—¡Silencio!... Cállese usted, que ahora ha de venir la persona que lo ha hecho conducir por desorden, y entonces se sabrá cuál de los dos está en lo justo.

«¿Y estos procederes para con el público no los conocerá el jefe de policía ni el comisario?, se preguntó Leo, ya impacientado.

Poco después aparecía don Froilán Cobijas, con un aire tal de confianza como si entrase en su casa. Era un hombre rechoncho, con una pesadez de elefante. Parecía que al menor pinchazo dado en la piel de su cara, del color de una frutilla, se escaparía por ésta, á chorros, todo el vino que pudiese contener una pipa.

Llevaba prendida al chaleco una gruesa cadena de oro, que parecía un collar de perros, con un medallón agregado á ésta, del mismo metal y casi del tamaño de

Hosted by Google

la tapa de una caja de ostras. Por último, el bastón que empuñaba su callosa mano, era, más bien que un garrote para *amansar* locos, la columna de un templo, mirada desde cierta distancia.

El escribiente se levantó apénas lo vió aparecer, para salirle al encuentro.

—¡Señor don Froilán!... ¿qué le ha pasado á usted, dijo cariñosamente.

—¡Figúrese usted, que el señor, volvió á exclamar, mirando á Leo desdeñosamente, ha tenido la audacia de insultarme gratuitamente en la puerta de mi negocio, delante de todo el mundo, sin otro motivo que el de haberle negado un fósforo, que, para encender el cigarro, se acercó á pedirme, sin conocerme!

Leo, indignado, quiso replicar, pero el escribiente no le dió tiempo:

—El señor no sabe mentir, dijo interrumpiéndole, y señalando al almacenero, agregó:

—Es una persona honrada, que hace muchos años tiene su negocio en esta sección, y que jamás ha dado motivo para que se dude de su buena conducta, ni de su palabra.

—¡El insulto que me ha dirigido este

Hosted by Google

hombre sólo puede salir de la boca de un loco ó de un borracho!, exclamó, cada vez más animado, don Froilán.

Juan pensó que, cuando se anda en desgracia, más vale revestirse de paciencia que de otra cosa; y que, cuando el insulto *viene de quien viene,* no se pierde el honor por el hecho de hacer caso omiso del hombre ó de la mujer que lo pronuncia. Sin embargo, quiso volver á replicar; pero el escribiente lo interrumpió de nuevo, diciendo, al tiempo de sentarse:

—¿Cómo se llama usted?

—Juan Leo.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta años.

—¿Casado?

—Sí señor, casado.

—Venga, acérquese usted; escriba su nombre aquí.

Juan firmó, sin saber lo que firmaba.

—Está bien, exclamó el escribiente; siéntese usted ahora.

Acto contínuo cerró el libro de actas, se llevó la pluma á la oreja, y con voz chillona de oficial de línea camorrista, gritó:

—¡Sargento!

Hosted by Google

Al rato se sintieron unas fuertes, pero calmosas pisadas, acompañadas del ruido que produce el acero al chocar en un embaldosado, y apareció en el dintel de la puerta uno de esos *criollos* que nunca faltan en la policía, que llegan á ser necesarios para todo, una vez que se granjean la voluntad del comisario y de la familia de éste, siendo, por consiguiente, los favoritos. No era mal parecido, aunque amulatado; de alta, corpulenta y bien repartida talla, de nariz aguileña y de labios gruesos, pero bien formados, tenía espesos bigotes negros, y ojos del mismo color; calzaba botas granaderas con pesadas espuelas, y llevaba en la mano derecha un rebenque de lonja.

—¿Qué hay?, preguntó, sin cuadrarse siquiera, porque para eso tenía bastante confianza con su superior.

—Lleve usted adentro al señor, dijo el escribiente; pero antes regístrelo, para ver si tiene algún arma ó dinero que depositar, fuera de ese envoltorio que trae.

—Levántese, amigo, exclamó el sargento, dirigiéndose á Juan, que se hallaba sentado.

Éste se puso de pié, acatando la orden,

Hosted by Google

aunque en su interior enfurecido, al ver cómo lo trataba esa gente, á la cual, desde ese momento, conceptuaba como á la última chusma policial.

Una vez que el sargento le anduvo por todos los bolsillos, y que no halló en ellos nada de particular, exclamó en tono brusco, dirigiéndose al escribiente:

—Entréguele usted no más el recibo por ese envoltorio que tiene á la vista, porque no trae ninguna otra cosa.

El escribiente, obedeciendo á esta indicación, puso en manos de Leo un recibo y guardó el envoltorio.

—Ahora, sígame usted, dijo el sargento, dirigiéndose al preso.

—¿Pero á dónde se me lleva?, exclamó Juan, por fin, ardiendo en ira.

—Vaya usted no más, que no lo han de fusilar, respondió el escribiente, al tiempo que abandonaba su asiento para encaminarse á una oficina contígua, tomado amigablemente del brazo de don Froilán.

Juan desapareció, andando en pas del agente.

Hosted by Google

XX

Por un momento creyó que de allí sería trasladado á otra oficina, donde quedaría detenido en compañía de otras personas de su clase, hasta que llegase el momento de ponérsele en libertad; pero no tardó en comprender que padecía de un grave error.

El sargento le condujo al último cuerpo del edificio que daba frente á un gran patio, en donde se encontraban los calabozos. Estos eran unas piezas que, á manera de jaulas de encerrar fieras, tendrían unas cinco varas de largo por cuatro de ancho, todas en hilera, pero completamente divididas por su tabique de material correspondiente.

Sus pisos eran de piedra, y del centro del mismo enrejado de barrotes de hierro, que tomaban todo su frente, se podía abrir y cerrar una puerta, levantando un

Hosted by Google

enorme candado que pendía de dos argollas.

Cuando el sargento se detuvo para encerrar á Leo, vários presos corrieron á asomarse á la reja, sacando afuera, por ella, sus manos sucias y abandonadas.

Juan sintió que la sangre se le helaba de espanto, y al pensar en Margarita y en sus hijos, le flaquearon las piernas, y casi sin poder articular una palabra, balbuceó apénas:

«¡Qué destino el mío!»

El sargento le oyó como quien oye llover; introdujo la llave en la cerradura, levantó el candado y empujó la puerta; ésta cedió sin violencia; Juan se echó para atrás; pero, cuando quiso reflexionar sobre la infamia de que se creía víctima, las manos del guardián del orden público, tomándole toscamente de un brazo, acababan de ponerlo dentro del calabozo. Cuando aquél volvió su vista al fondo de éste, se encontró con varios hombres harapientos: unos dormían recostados sobre sus mismos compañeros. Su respiración aguardentosa dejaba traslucir que habían pasado la mañana de ese día ó la noche del anterior, en medio de las tabernas; y otros,

Hosted by Google

echados de barriga, largo á largo, en el suelo, apoyándose en los codos, fumaban y departían descaradamente sobre toda clase de obscenidades.

Entre éstos últimos, había uno que tenía una cicatriz que le cruzaba en banda la frente, desde el parietal izquierdo hasta el derecho.

Otro, barbilampiño, de unos veintidos años, de facciones y formas bellas, pero de un conjunto repugnante—porque tenía algo de hermafrodita en sus maneras y miradas afeminadas, y en las cuales, á la vez, se acentuaba el relajamiento de una vida ingertada con todos los vicios,—relataba que le había dado un tajo en la cara á la madre, con un cuchillo, porque ésta, siendo planchadora de oficio, no le había almidonado bien una camisa para ir á un baile.

Juan estaba arrinconado, como un pollo en corral ageno; no se atrevía á moverse, y con todos se sonreía, tratando de hacerse simpático, de temor que aquellos facinerosos cometieran con él alguna felonía.

De repente, sintió sed, y desde la reja del calabozo pidió agua á un vigilante

Hosted by Google

que por allí pasaba; pero éste, habituado á no hacer caso al llamado de los presos; á no faltar á su extricta disciplina, que le obligaba á dejarlos morir en ciertos momentos, antes que correr en su auxilio, siguió su camino, sin responderle siquiera.

Al cabo de un largo rato, el sargento que lo había encerrado, y que acababa de acercarse conduciendo á otro preso, le dió de beber en un jarro de lata. Juan, aprovechó esta oportunidad para rogarle que le hiciera hablar con el comisario; á lo cual el sargento contestó que eso era imposible, porque el comisario no estaba. Entonces le pidió hiciera llegar á su esposa una carta que escribiría, dándole aviso de su prisión.

—Eso también es imposible, volvió á replicar el agente, porque aquí no hay mensajeros para llevar cartas de los detenidos.

—Entonces, ¿qué debo hacer para recobrar mi libertad?, preguntó Juan, desesperado.

—Pagar una multa de treinta pesos, respondió aquél, metiendo de un empujón en el calabozo al otro delincuente que acababa de traer.

Hosted by Google

—¿Y si no tuviera dinero con que abonar esa multa?

—Se le trasladará á usted, mañana á las doce del día, al departamento central de policía, en el carro donde se conducen los criminales pobres.

—¡Dios mío!, murmuró Juan.

—¡Qué le vamos á hacer, amigo!... ¡con la autoridad no se puede jugar!, exclamó el sargento, dando la última vuelta á la cerradura del candado, á la vez que se alejaba.

Así transcurrió el tiempo, hasta la diez de la noche, desde las tres de la tarde, hora en que Juan había sido preso. Ya le parecía á éste imposible, poder resistir de pié, cinco minutos más, sin haber comido y sin fumar un cigarro que le sirviera de distracción; porque aquel último, que tantos sufrimientos le había costado, por pedir un fósforo para encenderlo, no lo tenía.

Cuando ya iba á perder del todo la esperanza, porque acababa de dar el reloj las once de la noche, vió salir de un rincón del calabozo á un hombre en quien no había fijado su atención durante el

Hosted by Google

día; regularmente vestido y de decente apariencia.

—Señor, dijo acercándosele; dentro de un momento voy á recibir un dinero que me enviará mi familia, para pagar una multa que se me exige, por haber abofeteado á un cochero de plaza que me trató descomedidamente; no tardaré mucho, pues, en recobrar mi libertad; así es, que, si usted quiere, puede entregarme la carta para su esposa de usted, en la firme convicción de que yo, en cuanto salga de aquí, tendré mucho gusto en ponerla en manos de ella, personalmente.

Juan, aceptando el ofrecimiento, y mostrándose profundamente agradecido, escribió con lápiz:

«Mi querida Margarita: Es de todo punto necesario que pases esta vez por el más grande de los sacrificios: pídele á Plácido, en calidad de préstamo, treinta pesos que importa la multa que estoy obligado á satisfacer, para poder recuperar la libertad. Creo que mi hermano no te los negará. Si consigues el dinero, me lo remites mañana á primera hora, porque, de otro modo, seré conducido al departamento de policía.»

Hosted by Google

Leo dobló la carta, y después de trazar en ella la dirección, se la entregó á su desconocido salvador, en el instante en que se abría la puerta del calabozo para dar soltura á éste.

Aquél, después de haber prometido abonar su multa al siguiente día, una vez que Margarita le respondió que podía tener la seguridad que le enviaría el dinero, mejoró de prisión, porque como á la una y media de la madrugada fué trasladado á la cuadra de los vigilantes. Esta era una gran pieza fría y desmantelada, cuyas paredes, blanqueadas de amarillo, se hallaban decoradas con tarjetas fotográficas de diferente tamaño y hechura, representando cada una de ellas la repugnante fisonomía de un asesino ó ladrón conocido por la policía. En derredor se veían unos bancos á manera de largos escaños, donde descansaban los vigilantes libres ó nó del servicio, ó arrestados por causas leves, con algunos presos dispuestos á pagar su multa, y varios muchachuelos vagabundos, de esos á quienes se les permite, contra toda regla moral, tomar las comisarías como asilo propio, y tener familiarmente toda clase de chanzas

Hosted by Google

con los empleados, que só pretexto de que aquéllos suelen prestar servicios como perros de caza en algunas pesquisas, les consienten y fomentan sus pillerías, labrándoles de ese modo, un mal inminente.

Por fin, Juan, se recostó de espaldas en el extremo de uno de los bancos, ya más tranquilo con la idea de que Margarita estaba impuesta de sus inesperadas vicisitudes, y de que al otro día, se vería al lado de ella. Alzó el cuello de su saco hasta cubrir sus orejas, se echó el sombrero á la cara, y se quedó dormido.

Hosted by Google

XXI

Una batahola infernal de gritos, algazara, sonar de espuelas y de machetes, como en un cantón de so'dados, cuando después de creer éstos encima al enemigo, reciben noticias de una paz decidida, lo despertó á las seis de la mañana.

Se incorporó en el banco, tímidamente, con el cuerpo aterido. Al restregarse los ojos, como quien vuelve de una pesadilla, vió pasar á un hombre á escape, vestido de particular y descalzo, llevando los botines en la mano, al tiempo que un cabo de la comisaría, que lo corría de cerca, le arrojaba una manta á la cabeza.

—¿Qué es eso?, preguntó Juan á un vendedor de diarios, que se hallaba á su lado.

—Nada de particular, replicó éste.

—¡Cómo!, exclamó aquél, sorprendido, ¿y esos dos hombres que han pasado corriendo?

Hosted by Google

—El que iba con los botines en la mano, es uno de los escribientes que ha estado de guardia anoche.

—¿Y el otro?

—¿El que le dió con la manta?

—Sí.

—Ese es un cabo que va á entrar ahora al servicio de instrucción.

—¿Y el cabo se permite darle con una manta por la cabeza al escribiente?

—¡Pues ya lo creo!... ¿no ve usted que á esta hora todavía no ha venido el comisario?

—¡Bello ejemplo en una repartición de policía!, murmuró Juan, sin poder contenerse.

—Esto no es nada, agregó aquél inocentemente; ¡viera usted las veces que rompen los vidrios de las puertas, en medio de una guerrilla atronadora, cuando se toman á cascotazos!

—¿También?

—¡Y cuando el oficial que hace el servicio de calle, se pone á jugar con el sargento, á quién tira mejor una cuchillada; aquél armado de su rebenque, y éste de su machete!

Hosted by Google

—¡Brava cosa!, volvió á exclamar Juan para sus adentros.

En eso se acercó el sargento de los negros bigotes que lo había encerrado el día anterior, con los ojos abotagados aún por el rigor de la mala noche pasada; y, haciendo sonar las espuelas, dijo con voz aguardentosa á sus compañeros:

—Caballeros, ya se acerca la hora de la instrucción.

Luego, sentándose en el banco donde estaba Leo, desdobló el capote que tenía al brazo, y extrajo de uno de sus bolsillos un atado, hecho con papel de estraza, que contenía salchichón, pan y queso; sacó de una de sus botas un cuchillo, y se puso á comer.

Un oficial, que estaba de servicio, entró en ese momento.

—Sargento, dijo en tono de broma, usted está muy grueso, no debe comer tanto.

Y éste, por única respuesta, le tiró á los piés con una cáscara de queso.

—¡Qué hombre atrevido!, exclamó el oficial mirando al vendedor de diarios, y soltando la risa.

—Traeme un litro de vino de allá de

Hosted by Google

la esquina, dijo el sargento, entretanto, poniéndole en la mano una botella á un pilluelo zaparrastroso, que había pasado la noche en la comisaría después de haber andado todo el día vagando.

—¿Y el dinero?, preguntó éste.

—Puedes decirle al dependiente del almacén, que es para mí, no más, y él te lo entregará sin cobrarte

El muchacho desapareció, y al rato volvió trayendo el vino; pero la medida había mermado algo, porque él había dado unos sorbos por el camino.

El sargento no lo notó, se llevó la botella á la boca, y después de empinársela hasta apurar la mitad del contenido, se la pasó al oficial, el cual hizo otro tanto.

Juan Leo, no podía creer que aquello que él jamás hubiera sospechado, se desarrollase á su vista de esa manera.

Nunca se había imaginado que, en una comisaría de la capital de Buenos Aires, tuvieran lugar semejantes escenas: que los oficiales, jugaran de manos con los cabos y los vigilantes, y que los sargentos, compartiesen ~~con~~ los primeros el vino, bebiendo en la misma botella, y arrojasen en medio de una algazara sin ejemplo, á

Hosted by Google

los piés de éstos, las cáscaras del queso y demás resíduos de su desayuno, delante de un público,—como lo era aquel grupo de presos,—dando á éstos, la muestra de la más relajada conducta.

Tampoco nunca había pensado, que las personas decentes, de su clase y condiciones, fueran encerradas como los más viles delincuentes, en medio de una atmósfera nauseabunda, compuesta de las pestilentes ráfagas del vicio y la degradación, y expuestas á la vista de todos, al través de unas rejas, donde sólo podía tener cabida la canalla, desprovista por completo, del menor átomo de sentido moral.

Así trascurrió el tiempo, esa mañana, en la cuadra de los vigilantes, hasta las diez, hora en que fué llamado Leo por el segundo comisario.

Juancito esperaba á su padre en la oficina, con el dinero de la multa en la mano, y no pudo menos que sobrecogerse avergonzado—á pesar de su corta edad de diez años—al verlo entrar con el sombrero abollado y cubierto de polvo, y con la ropa en un lamentable estado de suciedad, debido á haber tenido que dormir vestido sobre el mugriento banco de la cuadra.

Hosted by Google

—Aquí está su hijo de usted con el dinero que importa la multa, dijo el segundo comisario.

Juancito, abrazando á Leo, le puso en la mano los treinta pesos.

Éste se los pasó al empleado, al tiempo que también le hacía entrega de la boleta, para rescatar el envoltorio que dejara en depósito. Aquél, al devolvérselo con el recibo del dinero de la multa, dijo sonriéndose:

—Usted ha tenido la culpa de su prisión, mi amigo, por haber *empinado el codo* ayer; es preciso, pues, que otra vez tenga cuidado de no incurrir en lo mismo.

A Leo le asaltó el deseo de darle una bofetada; pero se contuvo por su hijo, y se conformó con decirle:

—¡Es usted un impostor, un insolente!

—No se descomida usted en lo más mínimo, exclamó el segundo comisario, porque, de otro modo, me veré obligado á llamar al sargento, para que le conduzca de nuevo al calabozo, y después tendrá usted que abonar otra multa mayor que la presente.

—¿Y por qué me afrenta usted delante de mi hijo, atribuyéndome un acto indigno

Hosted by Google

que no he cometido?, interrogó Juan encolerizado.

—Yo no le atribuyo á usted, de mi cuenta, acto alguno, replicó el empleado, y abriendo un libro añadió:

—El escribiente que le recibió á usted ayer, le ha dado entrada aquí por desorden y ebriedad, como también consta en el recibo que acabo de extender á usted por el importe de la multa.

Leo pasó la vista par dicho recibo, y pudo ver que, efectivamente, en éste, constaba lo anotado en el libro por el escribiente, el día anterior, esto es, que había sido preso por desorden y ebriedad.

Su semblante se demudó, tomó su envoltorio y salió sin saludar al segundo comisario, apoyándose en los hombros de su hijo, porque se sentía sin fuerzas para caminar.

Hosted by Google

XXII

Margarita, pensando en la aflicción que encerraba la carta de su marido, no tuvo más remedio que pasar por el gran sacrificio: se dirigió á lo de Plácido, á las siete de la mañana. El corazón le latía, embargado por una fuerte emoción.

Una vez que llegó á la casa, no se atrevió á entrar en ella; vaciló largo rato. En vano buscaba las palabras más adecuadas para hacer á su cuñado la introducción sobre el pedido con que iba á molestarlo, no acertaba con ellas.

Sentía que el rostro se le encendía de vergüenza.

Por último, ya resuelta á afrontar su crítica situación, se decidió á salvar el umbral de la puerta de calle, y cruzando patios y recobecos, llegó á la presencia de Plácido, el cual, sentado á la mesa de su escritorio, se ocupaba en revisar unas cuentas.

Hosted by Google

—¿Qué es esto?, preguntó sorprendido, usted por acá, Margarita, á esta hora?

—¡Ha visto usted!, exclamó ella, y resuelta á hablarle del asunto que la llevaba, agregó:

—Vengo á pedir á usted un servicio, Plácido.

—Veamos de qué se trata.... si está en mi mano poderlo hacer, no tendré inconveniente.... repuso Plácido, imprimiendo á su fisonomía un gesto desagradable.

—¡Se trata de que me facilite usted, en calidad de préstamo.... treinta pesos!

—¡Treinta pesos!.... ¡en estos tiempos!, murmuró aquél, levantándose de pronto.

Margarita, creyendo hacer uso de un rasgo de audacia admirable:

—Si yo tuviera la cuarta parte de la fortuna que usted posee, dijo, no me atrevería á hacer observación alguna á un hombre que por primera vez me pidiera un servicio de mayor magnitud que éste, siendo, como lo soy, una débil mujer!

—Es que á mí me suda la frente para ganar un centavo, y....

—¿Y qué?, preguntó Margarita.

—Y el marido de usted no trabaja.

—¡Ah!... esa es la pobre idea que se

Hosted by Google

tiene formada de Juan, la cual no deja de ser una infamia; mi marido trabaja más que aquellos que hacen alarde de ser grandes trabajadores, porque tienen la dicha de ser bien remunerados; lo que hay es que es vilmente explotado y mirado en menos por sus compatriotas.

– Diga usted, más bien, que á mi hermano *le da la loca* por pasar su tiempo en escribir tonterías.

—¡Pero no se dirá de él mañana, cuando ya no exista, que ha sido un estúpido, un pobre parásito!

—¡Vaya un consuelo, si así lo fuera! ¡Escribir para *allá me las guarden,* y andar mendigando favores, ó enviar á su propia mujer á pedir dinero prestado á personas que también tienen hijos y esposa que mantener, y grandes compromisos de todo género que satisfacer!

Esto fué un vejámen para Margarita; sus mejillas se enrojecieron; pero, más decidida que nunca exclamó:

—¿Es decir, Plácido, que usted me niega el servicio?

—No se lo niego; pero puedo asegurar á usted que será la última vez que le facilite dinero para mi hermano Juan

Hosted by Google

mientras yo no sepa que él trabaja en algo.

Luego, volviendo á sentarse, tiró de uno de los cajones del escritorio, y sacó de él los treinta pesos, que puso en manos de Margarita, la cual, en su confusión, sin darle las gracias siquiera, apénas le dijo adios, y salió á toda prisa, llevando el dinero, que al rato entregaba á su hijo para que pagase la multa de Juan.

Éste, apenas hubo llegado á su casa, contó á Margarita todo cuanto le había ocurrido desde su llegada á la capital, y el proceder de Leguna para con él, al mismo tiempo que le hacía entrega del envoltorio, cuyos detalles del contenido ignoraba, á pesar de saber que se trataba de una factura, porque aún no había tenido tiempo de inspeccionarlo.

Aquélla no podía creer que un hombre rico, como lo era Leguna, hubiera correspondido tan ruinmente al laborioso trabajo de su marido; así, pues, exclamó con cierta desconfianza:

—¿No habrás gastado el dinero que te ha pagado Leguna, Juan, con algunos amigos?

—¡Te juro que no, Margarita! Cuanto

Hosted by Google

te he relatado es la pura verdad, repuso aquél un tanto impacientado.

—Pues entonces, dijo Margarita, tratando de ocultar su tristeza, no tenemos otro remedio que conformarnos con nuestra desgracia; estaba escrito que nos había de ir mal á los dos.

—¡Cómo!.... ¿que te ha sucedido algo desagradable, durante mi ausencia?

—Figúrate que, por no pasarlo sola ese día, me fuí á almorzar á lo de Rita.

—¿Y?

—Y cuando regresé, le sobrevino á Talca un desmayo, que me puso en serios cuidados.

—¿Cuál fué la causa de ese desmayo?

—¡La suma debilidad que se apoderó de la infeliz muchacha, por no haber probado el menor alimento en lo de mi amiga!

—¡No digas!

—Rita le dió dos galletas duras, al tiempo de sentarnos á la mesa, previendo que no alcanzaría el almuerzo para Talca en la cocina, como sucedió.

—¡Qué horror!

—Me hace daño recordar esta acción, dijo Margarita, humedeciéndosele los ojos.

Hosted by Google

—No hablemos más de eso, veamos lo que contiene el envoltorio de Leguna, respondió Juan, empezando á desatarlo. Aquél venía esmeradamente preparado en varios pliegos de papel acartonado. Cuando lo hubo desenvuelto del todo, Margarita, echándose para atrás, no pudo menos que gritar: «¡Qué chasco!», mientras que Juan contemplaba como un idiota el obsequio con que Leguna había correspondido á su artículo, y el cual consistía en un trozo de carne de vaca, rodeado de seis chorizos de chancho!

—¡Oh, miserias humanas!, balbuceó Juan, dolorosamente conmovido, ante aquel infame menosprecio, cuya única causa, atribuía á su propia pobreza.

—Lo que es yo, no volveré á pisar en la casa de Rita, dijo Margarita, visiblemente ofendida, pensando al mismo tiempo en Santana, de cuya enfermedad aún no quería dar aviso á su marido, por no amargarle más la existencia.

—¿Y esa es tu amiga de la infancia, esa es tu antigua compañera de colegio?, murmuró Leo.

—¿Y ese es el hombre millonario, el comerciante honrado, dueño de un gran

Hosted by Google

establecimiento, por quien has pasado un día sin comer tranquilamente, y casi una noche entera de desvelo, agotando tu talento y tu paciencia estérilmente; y con éstos, papel, tinta y plumas, que tantos sacrificios te cuestà àdquirirlos? ¿Y ese otro es tu hermano, aquel que acabà de afrentarme, por el hecho de haberme tenido que humillar á pedirle una bicoca, que aún ha estádo á punto de negármela, siendo, como es, un hombre de alta posición pecuniaria?, exclamó Margarita, soltándo el llanto.

Hosted by Google

XXIII

Desde entonces, la existencia le fué cada día más insoportable á Leo, que, en medio de sus negras decepciones, no encontrabá un lenitivo mejor para calmar lás ánsias de sus penás, que la literatura; pero, como ésta ningún provecho material le reportaba, no perdía la ocasión de entrar en las tabernas á beber, sin el menor miramiento, codeándose muchás veces con los más grandes libertinos de la última capá social; siempre tratando de embotar su cerebro, de sofocar los dolorosos recuerdos de su pasado, que se había llevado consigo los días de su juventud, sin dejarlo sentir las caricias de un solo instante de felicidad al lado de su anciana madre, á quien adoraba con todo el amor de su alma y de la cual, una separación involuntaria, lo tenía alejado desde hacía largo tiempo, sin que pudiera la dulce

Hosted by Google

imagen de ella, animada por el soplo de vida que á toda hora le imprimía su mente, calmar la fiebre que lo devoraba; sin que tampoco lo contuviera el digno ejemplo de la honrada conducta que le dejara al morir, su noble padre.

Cuando los almaceneros lo veian entrar, se sonreían con cierto desprecio, y en el tosco vaso de vidrio que había sido ligeramente lavado en el agua hirviendo en microbios de todos los clientes sucios y zaparrastrosos, que contenía la fuente de latón adherida á la parte tracera del mostrador, le servían un vino capaz de hacer abrasar las tripas á un elefante, como quien dá de beber agua sucia, en una vasija abandonada, á un perro vagabundo; porqne lo miraban lo mismo que á un pobre diablo, vestido de levita.

En estas circunstancias, Juancito solía acertar á pasar por las tabernas, cuando se dirigía al colegio; y, en medio de su inmenso dolor de niño, dejaba rodar silencioso sus angustiosas lágrimas en el fango donde empezaba á revolcarse su padre entristecido; para mas tarde correr á contárselo todo á Margarita, á su adorada mamá, la cual no podía hallar el

Hosted by Google

remedio que extinguiera la desastrosa enfermedad de su esposo.

Este solía pensar, durante el silencio de la noche, cuando se desvelaba en su lecho, que antes que, sobrellevar semejante conducta de degradación y de ruina, más le valdría arrastrar el carro de la verdura, haciendo de caballo, como otros infelices, por las calles de la popolosa ciudad, con sus piés metidos en almadreñas. Pero luego reflexionaba que esto era un absurdo, puesto que sus parientes y sus amigos, que podían desviarlo de las sombrías como tortuosas encrucijadas del vicio, proporcionándole un humilde empleo, preferían, con una frialdad pasmosa, hallarlo brio á su paso, antes que transformado en simple verdulero.

Después agregaba:

«Todos estamos prontos para censurar acerbamente y difamar al que incurre en un acto indecoroso, sin ocuparnos de investigar primero el motivo que lo arrastra hacia él, por si nos fuera posible salvarlo de un peligro inminente: la berruga de otro nos sorprende, porque no queremos fijarnos en la jiba que llevamos sobre nuestras espaldas.

Hosted by Google

Y entonces Juan no podía menos que pronunciar esta estrofa de su cosecha:

Yo que mirar con desprecio
al vil borracho pretendo;
que hasta de rubor me enciendo
al ver su aspecto de necio;
¡la conciencia á cualquier precio
diera, con ella, á mi hermano,
y á los pobres, inhumano,
el sustento negaría
y el agua retiraría
del alcance de su mano!

En seguida, venía á su memoria una de las hermosas páginas de la Biblia, y en ella encontraba que Jesús había dicho esto mismo, pero bajo una forma verdaderamente sublime, cuando exclamó:

«*Todos vemos la paja en el ojo ageno, y no vemos la viga en el propio.*»

Entretanto, corría el tiempo, y la casa de Juan empezaba á desquiciarse. Ya su interior no brillaba como antes, con la tersura de una taza de plata. Ahora, en todos sus muebles, se notaba una triste y negra empañadura. Margarita tampoco lo esperaba como en otra época, con su vistosa tocado y su vestido sencillo, pero de una elegancia y aseo irreprochables;

Hosted by Google

porque el tiempo le era poco para llorarlo en los ratos de ausencia, como se llora á un muerto. Por la noche, se sentaba á la ventana, á esperarlo con la sala á obscuras, tomada de las manecitas de Selva, hasta que ésta con ella se dormían, rendidas de cansancio, sin verlo llegar.

Juancito por otra parte, faltaba con frecuencia al colegio, pretextando una veces que sus botines estaban rotos, y otras que su ropa se hallaba en pésimo estado. Se juntaba con chicuelos de malas costumbres; despreciaba á su padre, cuando lo veía entrar ebrio; faltaba al respeto á la madre, y solía castigar á su hermanita y á Talca.

Margarita, que trataba por todos los medios, de fortalecer su espíritu, con la intención de librar á sus hijos del horrible caos en que el mal ejemplo los sumergiría, había conseguido, por fin, con su palabra dulce y bondadosa, que su marido no bebiera durante algún tiempo.

Pero éste, que jamás entreveía un horizonte, embellecido por el más leve tinte de felicidad, que retemplara un tanto su corazón desgarrdao por las decepciones, pronto volvió á incurrir en lo mismo.

Hosted by Google

Una vez, que se halló sin recursos para entrar en las tabernas; olvidándose de su honor, de su mujer y de sus hijos, se presentó á don Sergio, para que le facilitava una pequeña suma de dinero; y éste, le respondió, que no tenía un medio, porque acababa de pagar una cuenta á la modista de su esposa.

Recurrió entonces á Rubión; pero el impresor, ante su presencia, corrió á ocultarse detrás de la barandilla de su escritorio, haciendose negar con su dependiente.

Pasó luego á lo de Terraza, y éste en el colmo de su distracción, le respondió que no lo conocía.

Dirigióse enseguida á lo de Gramilla, y don Próspero al verlo, exclamó:

«Caballero, mi hermano y yo, hemos tenido noticias, por intermedio del jóven Lumbrera y de Rubión, que la conducta de usted, no es correcta; así es, que nos es del todo imposible, favorecerlo.»

Juan no se desalentó por eso. Encaminóse á lo de Teresa, con la intención de que Lumbrera lo socorriese; pero éste no estaba.

Sin embargo, aquella lo reconoció, por las señas que le había dado Santana, ha-

Hosted by Google

blando de él algunas veces, y lo miró con simpatía y lástima.

Cuando supo el objeto que lo llevaba, Teresa corrió á un baúl, extrajo de él una cartera, y puso en manos de Juan la mitad de su dinero.

Juan lo recibió conmovido; pero, como al mismo tiempo se sintiera avergonzado de su denigrante acción, huyó precipitadamente.

Mas ella, al verlo partir, inclinó su frente con profunda pena, arrepentida de no haberle entregado todo cuanto contenía su bolsa.

Hosted by Google

XXIV

Juan había vuelto á su quicio. Ya hacía largo tiempo que no bebía. En la casa, todo brillaba otra vez por su limpieza. Margarita estaba alegre como antes. ¿Qué le importaba seguir viviendo en la misma pobreza, si de su marido ya nadie podía decir que era un vicioso?

Juancito también se había compuesto: había vuelto á ser lo que hubo sido antes: un niño de ejemplar conducta; mientras que Selva, la nena mimada, al ver alegres á sus padres y á su hermanito, entonaba á toda hora, alborozada como los pajarillos, sus inocentes canciones de colegiala atolondrada; y en tanto que Talca, participando de la risueña placidez de la familia, le cosía los vestidos para las muñecas, en los ratos que se veía libre de las tareas domésticas.

Los amigos de Juan habían quedado reducidos á uno solo, en quien tenía ver-

Hosted by Google

dadera confianza, y el cual no era otro que Santana. La enfermedad de éste, á quien visitaba siempre, no había pasado de una ligera indisposición; y, á medida que más brillaba en el mundo de las letras, se conducía con aquél más generoso que nunca.

Teresa era doblemente desgraciada: había llegado á concebir para su corazón una pasión imposible, porque se había enamorado de Santana desde el día en que lo oyó defender á Leo de la brillante y noble manera que lo hizo.

Rubión se hallaba enfermo de una congestión cerebral, á consecuencia de haberle pedido la firma para solicitar dinero de un banco su inseparable camarada, Lumbrera; y éste, que había ascendido, pasando á desempeñar un empleo de mayor rango que el que tenía, mediante nuevas seducciones puestas en juego por su bella hermana Felta, no cesaba de desacreditar á Juan en todas las ocasiones que se presentaban—cosa que surtía su buen efecto,—ayudado por la lengua de los Gramilla, altamente enredada en la trama social del gran mundo. Por otras partes, también sembraba la semilla de la

Hosted by Google

maledicencia y de la infamia, pues había pretendido, aunque sin conseguir su nten - to, depositar á Teresa, para librarse de ella del todo, en una casa de mujeres licenciosas.

Nerón Terraza se ocupaba, hacía algún tiempo, de insertar avisos en todos los periódico de la Capital, rogando le fuera devuelto por quien lo hallase, mediante una gratificación, un relicario de brillantes que había dejado olvidado en un tranvía, con el retrato de su novia dentro, precisamente el mismo día en que don Sergio Sajón le comunicaba que él acababa de perder su famosa medalla de cobre.

Y Plácido, lo mismo que Raquel, ya no se enorgullecían tanto de que su hija entrara y saliera en el colegio de hermanas de la caridad y de las damas pudientes de la sociedad, por la puerta reservada á las niñas de familias ricas; porque ya se habían habituado á ello, y ahora pensaban renovar la atmósfera de su vanidad, con ráfagas de una brisa más bulliciosa, de más exquisito perfume y de mayor novedad para ellos: esperaban que la niña cumpliera quince años, para casarla con algun conde ó barón.

Hosted by Google

XXV

Por último, Leo, después de soportar el horrible desaliento que sentía por la falta de trabajo, durante cinco años, en cuyo tiempo no llevó una sola vez la copa á sus labios, manteniéndose dentro los límites de una conducta noble, obtuvo una colocación en el escritorio de negocios de un distinguido señor, por quien él tenía verdadero respeto y estimación; con el ínfimo sueldo de sesenta pesos mensuales.

«¿Qué puedo yo hacer con semejante bagatela de dinero, decía todos los días á Margarita; dinero que se avergonzaría de ganarlo un mucamo de comedor de casa rica ó un cochero particular de tercer orden; y que, casi todo él, me lo absorben los tranvías en que tengo que viajar diariamente, y los cigarros que fumo?»

«¡Paciencia, le respondía ella, puede ser que tu patrón llegue á aumentarte el sueldo!»

Hosted by Google

Leo, si no se alegraba con esta frase de aliento, al menos sentía que se le confortaba el espíritu, y entonces esperaba, esperaba resignado.

Pero, de vez en cuando, volvía á apocársele el ánimo, se entristecía de nuevo cuando veía á un imbécil, que no sabía redactar una simple carta, ganando un sueldo pingüe en una oficina pública; ó cuando encontraba en la calle, codeándose con los hombres más elevados del Poder, á algún comerciante *de á real el ciento*, en íntima plática y francas expansiones; ó á algún insignificante, que desempeñaba la gefatura de una repartición de gobierno, á la cual no asistía jamás, así no fuera que para tomar el té ó fumar un habano; ó cuando solía leer los consejos que prodigaban al Gobierno los periodistas, induciéndolo á suprimir empleados—so pretexto de grandes economías—aunque estos empleados se muriesen de hambre en media calle, con sus ancianos padres, mujeres é hijos, con tal de que á otros no faltase con qué sostener sus delegaciones, *únicas gangas*, capaces de proporcionarles expléndidos troncos de raza, carruages, suntuosos palacios, parques, tea-

Hosted by Google

tros, carreras en el hipódromo, y banquetes á granel, para obsequiarse los unos á los otros, respectivamente, atribuyéndose méritos que Juan sólo conceptuaba dignos de ser cantados, muchos de ellos, al compás de una acordeón, por trovadores de clavel á la oreja; ó cuando pasaba su vista por algún poético y sentimental artículo necrológico, ocupando una ó dos columnas de la primera página de los diarios más importantes de la Capital con una narración detallada sobre la muerte del mono Pancho, del jardín zoológico del Parque «3 de Febrero» ó los últimos momentos de la elefanta; mientras que había que pasar por tristes humillaciones para consignar, en un reducido suelto, las hazañas ó importantes servicios de algún héroe argentino; ó para publicar un brillante trozo literario, de algún joven escritor, con el cual éste podría hacer honor á esos diarios.

Y la tristeza de Juan se acrecentaba á medida que veía llegar el momento de terminar su novela, obra que él creía de gran utilidad social para su patria, mientras carecía de los medios para darla á luz. ¿Qué costaría á nuestro gobierno, se preguntaba entonces, implantar, con el

Hosted by Google

objeto de fomentar las bellas letras, una casa de impresiones, para que los escritores criollos, de reconocida pobreza, pudieran publicar sus obras, de cuyo producto, después de la venta, correspondería una mitad á ellos, y la otra se destinaría para pagar á un editor, empleado á sueldo, con su personal correspondiente, y para cubrir los demás gastos que ocasionase dicho establecimiento? ¿Que al principio todas serían pérdidas?, agregaba; pues bien: quiere decir, entonces, que el Gobierno no habría hecho otra cosa que decretar, con la autorización correspondiente, una renta en provecho del progreso intelectual del país, y de ese modo llegaría un día en que los escritores argentinos no nos moriríamos materialmente de hambre, ni nos embruteceríamos BORRONEANDO PAPEL EN LAS OFICINAS DEL ESTADO, porque podríamos dar forma y vida con la pluma á los grandes y nobles ideales que honran á los pueblos y los enaltecen.

Hosted by Google

XXVI

Y muchas veces Margarita, no sabiendo ya en su desesperación á qué causa atribuir la desgracia de su marido, decía que tal vez fuera debido á que éste no asistía á la iglesia, ni llevaba escapulario alguno colgado al pecho.

Juan guardaba silencio, pensando que su religión consistía en el amor á Dios y *al prógimo como á sí mismo*; y que el modo de amar á Dios, para poder obtener su gracia y su bondad, era el de tratar, por todos los medios dignos, de perfeccionar su alma, más y más cada día, vigorizando su inteligencia, por medio del estudio, para alumbrar la obscura senda de la ignorancia, esforzándose por conservar intacta la honradez en todos sus actos, morales como materiales, y de labrar á sus semejantes todo el bien posible, aun con sacrificio de su parte, sin hacer vana ostentación ni alarde.

Hosted by Google

Luego, con cierta dulzura, aunque en su interior irritado, exclamaba:

¿Para qué entrar á orar en esa casa, habitada y gobernada por pecadores como yo, y de cuyo seno, después de la división religiosa, después de nuestro cisma, surgió la abominable confesión, que se ha venido entrañando de siglo en siglo en todas las capas sociales del mundo entero, y convirtiéndose en la más cruel perturbación de la moral, de la paz y del sosiego? ¿Para cerrar los ojos ante el lúgubre recuerdo de un cura Castro Rodríguez, que friamente asestó el puñal del asesino en el corazón de su infeliz mujer y de sus hijos, dentro mismo del sagrado recinto, manchando vilmente en sangre su hábito de sacerdote; ó para mirar á otros frailes que cuelgan la sotana para casarse, y luego salen á la calle á contar, al primero que hallan al paso, su vida de convento, y á describir en todos los pasquines la corrupción que protegen las tinieblas de los claustros, donde las inocentes vírgenes se ajan y se marchitan al ardiente soplo de la seducción y bajo las lascivas caricias, que alcanzan también

Hosted by Google

á las que son madres, desde el fondo del confesonario?

Sabido es que Jesús, concluía diciendo Juan, instituyó la confesión, mas bajo otra forma muy distinta, por cierto: «*confesaos los unos á los otros*», dijo; pero nunca: *pervertíos los unos á los otros.*

Con todo, no faltaba otro que se interesara por el puesto de Juan, y el cual venía, desde algún tiempo atrás, tendiéndole una red para hacerlo caer. Y asi sucedió. Empezó por desanimarlo, diciéndole que le constaba que nunca ascendería del empleo que desempeñaba, porque el dueño del negocio era una persona indiferente y fría para con los que necesiban de su protección, concluyendo con esta y otras reflexiones, más ó ménos poderosas, para hacerlo vacilar de nuevo.

Así las cosas, una tarde que lo vió con una suma de dinero perteneciente al patrón, y que éste había entregado á Juan para que hiciera un pago al siguiente día, lo invitó á beber una copa.

Juan accedió, después de reiteradas instancias; pero al muy poco rato se quedó dormido en la taberna donde habian entrado.

Hosted by Google

Al otro día de aquel en que tuvo que ser trasladado á su casa, buscó afanosamente algo en los bolsillos de su ropa, apenas se hubo despertado; y no halló en ellos ni el dinero de su patrón, ni el suyo.

¡La bebida que el tabernero había servido á Juan, por indicación del pretendiente al empleo de éste, el día anterior, consistía en un medio vaso de cerveza mezclado con otro medio de ajenjo!

Hosted by Google

XXVII

Juan corrió despavorido hacia la pieza donde estaba Margarita.

Los rayos de un sol tibio, límpido y brillante del segundo mes de la primavera, al romperse en las corolas de las flores que adornaban los patios de aquella modesta casa, de aquel nido de amor, tan puro como inquieto y azaroso para sus moradores, se transformaban en diademas de oro; y las alegres palpitaciones de la bulliciosa ciudad repercutían ahora en el interior de ella, como una carcajada de burla ante un sepulcro atesado de luces y de flores.

—¿Qué tienes?, interrogó ésta al verlo aparecer lívido, con el semblamte descompuesto, como nunca se lo había visto: ojeroso, mostrando en sus labios una sonrisa sarcástica á la vez que melancólica, y con los cabellos erizados.

—¡Soy ladrón!, balbuceó apenas, y lle-

Hosted by Google

vándose las manos á la cabeza, convulso y delirante, añadió:

—¡Sí, soy ladrón!.... ¡he perdido el dinero de mi patrón, y no tengo con qué reponerlo!

—¿Ladrón, tú, Juan?.... ¿estás en tu juicio?.... ¡Dios mío!, ¿que te has enloquecido?

—¡No!.... ¡no me he enloquecido, Margarita de mi alma!

—Mamá, ¿papá es ladrón?, preguntaron á un tiempo Juancito y Selva.

—¡Imposible, hijos míos!, exclamó Margarita, dejando escapar un lúgubre quejido, al tiempo que caía en el pavimento, como fulminada por un rayo.

La había dado un síncope.

Juan lanzó otro grito desgarrador, y corrió á socorrerla.

En ese instante se sintió un aleteo extraño en la puerta de la habitación, que se hallaba abierta, y unos trinos de ave tan tristes como melodiosos, que nunca se habían oído.

Talca, al volverse á mirar, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

Lo que tenía ante sus ojos la indiecita, era un pájaro exótico que se había vo-

Hosted by Google

lado de la casa vecina de una familia europea, y cuyo lomo ceniciento tiraba á rojizo, con manchas verdosas y el vientre un tanto blanquizco: era un ruiseñor que sus dueños habían logrado aclimatar en Buenos Aires, y que en ese momento cantaba libremente, como si estuviera en las arboledas de los frescos y sombríos parajes de su tierra.

FIN

Hosted by Google

A LOS LECTORES

Impresos ya los primeros pliegos de esta obra, echamos de ver que se han deslizado algunas erratas en ellos, siendo la más notable la siguiente: en la página 8, línea 10.ª, donde dice *rhom,* debe leerse *ginebra.*

Pido disculpa á los lectores por esas faltas, de las que sólo es responsable el corrector de pruebas.

EL EDITOR.

Nueva Imprenta Italiana, Tucuman 962—Bs. As.

Hosted by Google

Hosted by Google

Digitized by Google